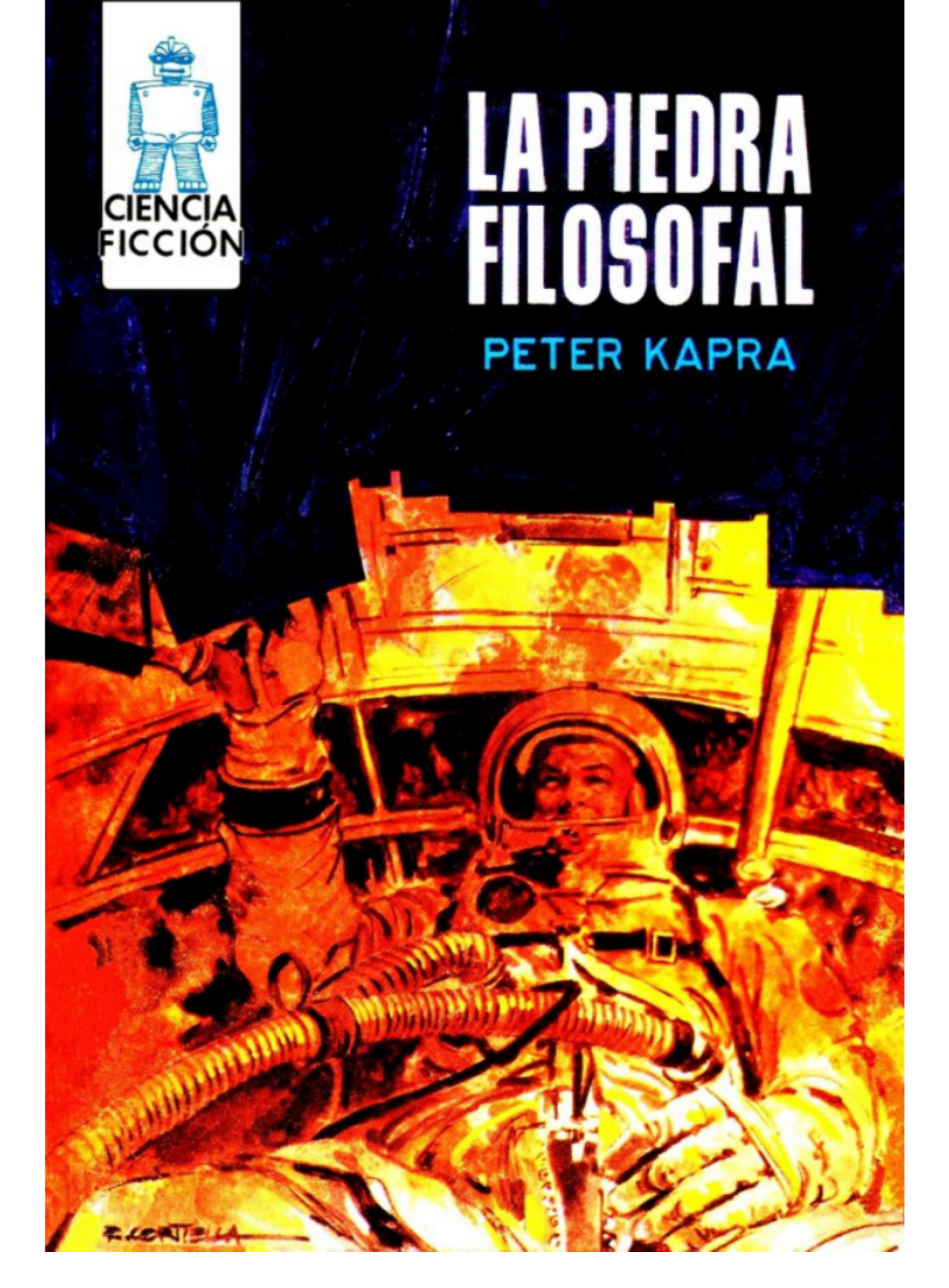

CIENCIA
FICCIÓN
LA PIEDRA
FILOSOFAL
PETER KAPRA

PETER KAPRA

La piedra filosofal

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito legal: B. 45.555 - 1971

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

La química es, indiscutiblemente, la ciencia de los hechos, como la alquimia lo es de las causas.

Fulcane

Capítulo Primero

MUERTE DE UN FILÓSOFO

Por la autopista radial del Edimburgo de finales del actual siglo, un bólido rojo, deportivo, provisto de dos motores «Sincron» y alimentado por baterías de cadmio 66, desarrollaba una velocidad de doscientos kilómetros por hora.

Su conductor, un joven de veintiséis años, de facciones correctas y agradables, ojos inteligentes y oscuros, iba reclinado en su asiento, con los brazos cruzados, casi rígido, pendiente del tablero de control y de la autopista.

Hermes Burbidge, que así se llamaba el joven, regresaba de París, Francia, donde había dejado varios corazones rotos, deudas por valor de varios cientos de miles de francos, y un diploma «cum laude» expedido por la antigua y prestigiosa Universidad de la Sorbona.

Aparentemente, Hermes había concluido sus estudios. Sabía de ciencias naturales, de física y de química, todo cuanto sabían los más altos centros de enseñanza del mundo entero. Había pasado una temporada en Moscú, otra en Massachusetts y, por último, tres años en París.

Así lo había querido su padre, el hombre que sólo vivía para el estudio, la investigación científica y su hijo.

Hermes Burbidge no tenía madre. Conservaba un vago recuerdo de ella como de una mujer hermosa, grave, alta y elegante. Un día salió de Coven Hill, la finca de los Burbidge tenían frente al mar, a quince kilómetros de Inverkeithing, para ir al mercado, y ya no regresó jamás.

La muerte de aquella mujer, víctima de un conductor ebrio, cambió la vida de Doc Burbidge y de Hermes. Éste era demasiado pequeño aún para darse cuenta, aunque lo comprendió más tarde. El viudo se encerró entre las paredes de su finca, cabizbajo y pensativo siempre, leyendo viejos libros o trabajando en su laboratorio.

Hermes, al cuidado de un ama de llaves, fue al colegio, de donde salía únicamente los fines de semana. Después, pasó a la Universidad, y ahora, a los veintiséis años, volvía a su casa, con su padre, al que sólo veía durante los cortos períodos de las vacaciones.

Hermes había sido siempre despreocupado, desenvuelto, alegre, mujeriego, etc. Un joven de su maravillosa época. Tenía inquietudes sociales, pero comprendía que con el dinero que frecuentemente le enviaba su padre, no se podía formar en las filas de los descamisados. Vivía demasiado bien. Su coche era mejor que el de todos sus amigos, y su piso de Montmartre estaba mejor acondicionado que muchos de Saint

Honoré.

Sin embargo, ahora Hermes traía hechos planes. Y de todo ello pensaba hablar con su padre. Parecía ser ésta la causa de su prisa en llegar a la vieja casa a orillas del mar. Podía haber vuelto en avión. Pero le gustaba mucho llevar su moderno bólido y no quiso dejarlo en Francia.

Un gran letrero le avisó que estaba llegando a Inverkeithing. Debía moderar la marcha y situarse en la lateral lenta, para tomar con tiempo el desvío. Así lo hizo, tomando el control manual del vehículo tras desconectar el mando magnético.

Aquellos lugares le resultaban familiares ya. Era el paisaje de su infancia, las colinas de su Escocia amada, su mar azul y verde, sus prados y campos de labranza, simétrico, perfectos.

La salida número veinte de la autopista radial le dejaba a unos seis kilómetros de Coven Hill. Para llegar allí, debía tomar una carretera secundaria, remontar la colina y luego descender hasta la playa.

Hermes hizo todo aquello, ahora conduciendo a marcha moderada y con prudencia, como si el recuerdo de su madre alentase todavía en él — pues ella murió en aquellos lugares, al volante de su vehículo—, hasta que descubrió los árboles seculares del antiguo parque, el canal de agua transparente y la chimenea de Burbidge House. Después vio el techo pizarroso, los muros cubiertos de hiedra y los eucaliptos del jardín.

Todo aquello resultaba grato y placentero, después de los días pasados en París, con Jean Pierre, Pammie, Adela y Josette. ¡Adiós, París! ¡Hola, padre!

«—Necesitaré algún dinero, padre... He dejado a deber algunas cosas al venirme.

Sonrió al pensar en lo que iba a decir a su padre, cuya fortuna debía de ser cuantiosa, ya que nunca opuso reparo alguno a los gastos de su hijo.

Doc Burbidge hacía años que dejó de ir a Edimburgo, a su cátedra de Química. Casi nadie se acordaba ya de él, a excepción de muy pocos amigos. Y desde hacía cinco años, vivía sólo en la mansión. Ni siquiera tenía ama de llaves.

Esto se lo reprochó Hermes, cuando años atrás vino con unos amigos a pasar allí las vacaciones. Aquel mismo día, Doc Burbidge contrató una cocinera, una doncella y un mayordomo. Pero cuando se marcharon Hermes y sus amigos volvió a despedirlos.

El viejo Burbidge vivía como los pájaros, encerrado en una jaula dorada, entre muebles enfundados que no utilizaba, casi recluido en su laboratorio, donde hacía su parca vida.

Él mismo se preparaba el escaso alimento que tomaba. Calentaba la leche, tomaba alguna fruta, pan y algunas conservas, que le traía un

repartidor, desde Inverkeithing, y el resto del día lo pasaba estudiando o investigando en el laboratorio de la parte trasera del edificio.

Doc Burbidge era alquimista. Pero esto sólo lo sabía él y nadie más.

* * *

La verja de hierro estaba abierta. Hermes la empujó, mirando con tristeza el descuidado jardín, las cerradas contraventanas, que pedían a gritos una restauración, y el sendero cubierto de hierbajos.

Avanzó por el camino, se detuvo en el porche, donde se había desconchado el muro. La puerta también ofrecía un lamentable estado. El timbre, sin embargo, sonó en el interior de la casa.

Hermes tuvo que insistir varias veces, aunque sin éxito. Al fin, impaciente, tanteó la puerta y vio que ésta cedía. Se quedó sorprendido. Su padre debía estar en casa. Forzosamente había que tenido que escuchar el timbre. ¿Por qué no fue a abrirle? Debía estar esperándole.

¿Y por qué estaba la puerta abierta? ¿Acaso había salido a esperarle? ¿Dónde estaba su padre?

Entró en el oscuro vestíbulo. Los sillones continuaban enfundados, polvorientos. Los cuadros también estaban casi ocultos por una capa de polvo. Su padre no limpiaba jamás.

— ¡Papá! —gritó, avanzando hacia el salón, cuya puerta estaba cerrada—. ¿Dónde estás? ¡Soy Hermes! ¡Ya he vuelto!

Nadie le contestó.

Intranquilo ya, se dirigió hacia el pasillo lateral. Sospechó que su padre podía estar en el laboratorio, absorto en su trabajo, o quizá se había quedado dormido. A los cincuenta y cuatro años es fácil dormirse trabajando.

El laboratorio tenía la puerta abierta. La luz eléctrica estaba encendida. Y, al llegar al umbral, Hermes se detuvo, aterrado.

¡Su padre estaba allí, tendido en el suelo, abiertos los ojos y la boca, con la cabeza junto a un charco de sangre ya seca! ¡No cabía duda de que estaba muerto!

Hermes retrocedió velozmente y regresó al vestíbulo. Allí estaba el viejo teléfono, cubierto de polvo. Nadie parecía haberlo tocado en todos los meses que él faltaba de allí.

Lo descolgó y no escuchó sonido alguno. Entonces, se dirigió a la calle, corrió por el jardín y se lanzó como un loco hacia el bólido. Un instante después, se detenía ante un edificio moderno, situado a dos kilómetros, poco más o menos, de la casa de su padre.

Saltó a tierra y empezó a llamar al timbre con insistencia. La puerta no tardó en abrirse, apareciendo una sorprendida doncella.

— ¡Por favor, el teléfono! ¡Necesito telefonear a la policía!

— ¡Oh! Espere... Avisaré a la señora.

La señora Kinkaid no tuvo que ser llamada. Apareció en aquel

instante, saliendo de una habitación, envuelta en una larga bata sumamente delicada y transparente. Al principio, no reconoció a Hermes, porque preguntó:

— ¿Qué ocurre, Janny?

— Perdone, señora Kinkaid... ¿No me recuerda? Soy Hermes Burbidge. Necesito telefonear.

— ¡Oh, Hermes Burbidge! ¡Claro que sí, muchacho! ¡Hacía dos años que no te veía! ¿Y vuestro teléfono?

— Debo darle una mala noticia, señora Kinkaid... Mi padre ha... ha muerto.

— ¿Muerto?

Tanto la señora como la doncella parecieron sufrir un rudo golpe.

— He de avisar a la policía — añadió Hermes—. Creo que... le han asesinado.

— ¡Cielo santo!

La dueña de la casa de dejó caer en una butaca, mientras que la doncella, trémula, señalaba a Hermes con un gesto, la mesita del teléfono.

— Por favor... Llama tú — pidió Hermes a la doncella—. He pasado mucho tiempo en el extranjero... No conozco el número.

Janny apenas si acertó a marcar el número de la policía. Cuando lo consiguió, dijo:

— Aguarden... Él les hablará...

Hermes tomó el auricular y dijo:

— Por favor, vengan cuanto antes a Coven Hill... He hallado a mi padre muerto... Soy Hermes Burbidge y acabo de regresar de Francia... Coven Hill, Burbidge House... No. El teléfono no funciona... Llamo desde la casa de Mr. Kinkaid... Sí... No tocaré nada... Gracias.

La señora Kinkaid se había puesto en pie, muy excitada.

— Su padre vivía allí muy solo, Hermes. Nadie iba a verle... No era un buen vecino. Siempre solitario, aislado, encerrado en esa casa...

— Disculpe, señora Kinkaid — la atajó Hermes —. Debo volver allá... Gracias por su amabilidad.

— Créame que lo siento profundamente... ¡Ah, ahora recuerdo que su padre no recibía visitas casi nunca! Pero Paul me dijo haber visto un coche azul claro la otra tarde... El lunes alguien fue a ver a su padre.

Hermes apenas prestó atención. Salió y regresó al bólido. Lo puso en marcha y giró en redondo en la carretera, para regresar a su casa. Una vez allí, no bajó del coche, sino que encendió un cigarrillo y trató de serenarse.

Al reflexionar, se preguntó por qué razón había creído en que su padre había sido asesinado. ¿Por qué la puerta estaba abierta? ¿Era normal esto? No estaba seguro. Aunque su padre pareciera un misógino, Hermes sabía que siempre fue un hombre inteligente y equilibrado.

Vivir aislado del mundo no era un delito.

¿No pudo sufrir un accidente, mientras trabajaba en su laboratorio? Era fácil tener un desvanecimiento, a causa de los gases, caer y golpearse la cabeza.

De todas formas, no se engañó. Su padre llevaba muerto algunos días. No podían ser más de cuatro, porque el domingo él le había llamado por teléfono desde París. Y entonces vivía, aparte de que el teléfono funcionaba.

Según la señora Kinkaid, su marido vio un coche azul detenido delante de Burbidge House, el lunes por la tarde.

¿Qué había ocurrido? ¿Quién vino a visitar a su padre?

* * *

— Soy el inspector Skillen. ¿ Es usted el hijo de Doc Burbidge?

— Sí, yo soy — contestó Hermes.

Los dos hombres se encontraban en el salón, junto al vestíbulo. Allí, Hermes había quitado las fundas a las butacas y abierto las ventanas. Todo mostraba un deplorable estado de abandono que el inspector captó inmediatamente.

— Su padre vivía solo, ¿verdad?

— Sí. Yo estaba estudiando en París. He llegado hoy mismo. Encontré la puerta abierta y a él tal y como lo han hallado ustedes.

— ¿A qué se dedicaba su padre?

— Pasaba el tiempo investigando en el laboratorio. Fue profesor de fisicoquímica, en Edimburgo. Pero se retiró a raíz de la muerte de mi madre, en accidente de automóvil.

— ¿Sabe si tenía enemigos?

— No, que yo sepa.

— ¿Y dinero?

— Sí. Él pagaba todos mis gastos.

— El «Conway» deportivo que hay afuera es suyo, ¿verdad?

— Sí. Acerca de la fortuna de mi padre puede usted hablar con Mr. Marcus Tubman. Se encargaba de sus negocios y era, además, su consejero legal. Tiene oficinas en Inverkeithing y en Edimburgo.

El inspector Skillen era un hombre de edad indefinida. Igual podía tener treinta como cuarenta años; alto, fornido, de rostro estrecho y ojos escrutadores y penetrantes, que miraban siempre fijamente.

Otras "de sus características era la desconsiderada franqueza de su expresión. Decía las cosas sin rodeos, directamente. Y ésta era la causa de que un sagaz y hábil inspector de policía estuviese relegado a una ciudad de poca importancia. Sus verdades, con frecuencia, herían la susceptibilidad de muchas personas.

— Quiero serle franco, señor Burbidge — dijo Skillen—. La muerte de su padre fue causada con un instrumento pesado, por hundimiento

del cráneo... Una maza de mortero de bronce, por ejemplo, donde hemos hallado huellas de tejidos capilares y sangre.

«Debieron atacarle por la espalda. Y pienso que sólo pudo ser alguien que le conocía, que podía entrar aquí con facilidad... ¡Usted, por ejemplo!

Hermes se puso a la defensiva.

— Cuidado, inspector Skillen. He llegado hoy mismo de París.

— Su padre lleva muerto varios días. Usted tendrá que explicar todo lo que ha hecho desde... el domingo, por ejemplo.

— Vivo en París... El domingo llamé por teléfono a mi padre, diciéndole que venía a verle. Hace un mes obtuve mi licenciatura y tenía algunos proyectos. Creo que mi padre quería que yo siguiera estudiando más y su intención era enviarme a Upsala, a perfeccionar y ampliar estudios para el doctorado.

»Por eso he venido.

— ¿Y habló con él personalmente por teléfono?

— Sí. En cambio, el teléfono no funciona.

— Lo sé. Averiguaremos lo ocurrido. Hábleme más de su vida en París.

— ¿Qué quiere que le diga?

— Lo que hace, qué amistades tiene, qué sitios frecuenta. Sé que es una ciudad de intelectuales y artistas, donde se fraguan todos los «ismos». Y de allí salen muchas ideas inquietantes, como puede ser el parricidio.

— Lo siento, inspector Skillen — dijo Hermes con dignidad—. Yo no asesinaría a mi padre para heredarle, puesto que me daba todo lo que podía necesitar y mucho más. Mi padre era muy rico y nada avaro.

»Me enviaba cincuenta mil francos al mes. Si a medio mes le pedía algo extra, me lo mandaba siempre. Eso puede decírselo Mr. Tubman. No me tome por Rodión Raskolnikov [1]. Mi padre no se ocupaba de cuestiones económicas. Avisaba a Mr. Tubman y éste me enviaba lo que mi padre le decía.

— ¿Qué hacía su padre en realidad?

Hermes pareció ser sorprendido «in fraganti».

— ¿Qué hacía? No le entiendo... Bueno, pasaba el tiempo aquí, estudiando, investigando.

— ¿Qué?

— Mi padre era fisicoquímico. Fue catedrático de la Universidad de Edimburgo.

— He estado examinando el laboratorio y he visto varios hornos, tanto eléctricos como de gas y carbón. Hay mecheros «Bunsen», probetas, retortas, tubos de ensayo, materiales químicos en abundancia, libros con fórmulas extrañas y cabalísticas. En vez de fisicoquímico, ¿no sería su padre alquimista?

— ¿Ha reparado usted en mi nombre? — preguntó Hermes, sonriendo.

— Sí. Hermes Trismegisto, según la leyenda, fue padre de la alquimia. A él se le atribuye la «Tabla Esmeraldina», cuyos doce pasajes parecen revelar el fundamento de la verdad divina. Es usted licenciado en física y química, ¿verdad?

— Sí. Pero la piedra filosofal fue una utopía. Mi padre podía ser aficionado a la investigación pura, pero no creo que perdiera el tiempo tratando de transmutar los metales.

El inspector Skillen, que no parecía ignorar los principios filosóficos de los alquimistas antiguos, sonrió y expuso:

— La transmutación de los metales no es el fin de un buen alquimista, señor Burbidge. Si hemos de creer en los sabios del Medievo, y hasta algunos pensadores modernos, los alquimistas buscaban el origen de la verdad… La causa y razón del universo entero. Ocurría, sin embargo, que hallaban el modo de convertir los metales más vulgares en oro.

— Veo que está usted al corriente de todo eso — dijo Hermes—. Y le diré que nadie cree hoy día en esas patrañas.

— ¡Hay tantas cosas en que no creemos…! —exclamó Skillen —. Y es porque no las hemos visto. Los alquimistas no acostumbran a revelar a nadie sus secretos, explicándolos en lenguaje vulgar y corriente. Emplean la metáfora, la cábala hermética, el simbolismo. Pero detrás de todo eso puede ocultarse una gran verdad que los profanos no podemos descubrir.

»Yo creo que su padre, al ser un químico prestigioso, pudo averiguar algún importante secreto.

— ¿Y por eso le han matado?

— No, por eso no. Nadie podía saberlo… ¡excepto usted! Yo creo que su padre encontró el modo de hacer oro.

Capítulo II

LA SECRETARIA DEL PROFESOR MARDUCK

Agatha Kinkaid proporcionó a Hermes la dirección de una agencia de servicio doméstico, desde donde le enviaron una camarera, una cocinera y un sirviente—jardinero. Después del entierro de Doc Burbidge, al que sólo asistió un viejo amigo de la Universidad de Edimburgo, llamado Conrad Marduck, y Mister Kinkaid, aparte, naturalmente, del inspector Skillen, la solícita Agatha indujo a su esposo a visitar al «pobre y atribulado Hermes».

Agatha era una mujer inquietante, que se hallaba en esa peligrosa edad de la treintena, sin hijos y con muchas ansias de vivir. Su esposo, un hombre de negocios de Inverkeithing, estaba casi siempre en la ciudad. Y si habían elegido aquel maravilloso paraje para vivir, sus buenas razones había tenido el sufrido esposo. En la ciudad, Agatha había tenido más de un devaneo amoroso que hubiese podido muy bien terminar en divorcio. Pero Agatha supo salir bien librada de sus «flirts», calmar la furia de su marido, aunque al final hubo de aceptar el seguir viviendo con él casi en la soledad, junto al mar, aunque en un pequeño palacio.

Después del entierro, Agatha se mostró solícita con Hermes, le invitó a comer a su casa y casi le asedió. Por suerte, Mr. Kinkaid advirtió a Hermes y le puso sobreaviso.

«—Agatha es un poco frívola. Sé que intentará mostrarse amable con usted, porque lleva en la sangre una inquietud sentimental muy arraigada. Yo le ruego que no aliente usted en absoluto esa inquietud que tantos disgustos me ha costado. No perdonaría a Agatha otra locura. ¿Me ha comprendido usted, señor Burbidge?

Hermes comprendió y aseguró que «Agatha Kinkaid no era su tipo». Esto hizo feliz al hombre de negocios, quien insistió, y casi no pudo conseguirlo, para que Hermes fuese una noche a cenar con ellos.

Mientras, el inspector Skillen había continuado sus investigaciones. Acudió varias veces a Burbidge House, expresándose con su habitual franqueza. Y en una de sus visitas, encontró allí a Agatha Kinkaid, que estaba aconsejando a Hermes cómo debía tratar al servicio.

Precisamente, en esta ocasión Hermes habló a Skillen del automóvil azul que el esposo de Agatha había visto el lunes por la tarde, aparcado delante de Burbidge House.

Y Hermes se llevó una sorpresa, porque el inspector ya estaba enterado.

— Sí, lo sé. Era un «Cobra-1992», azul — dijo Skillen—. El profesor

Marduck envió aquí a su secretaria, la señorita Hayflick, con un recado. He hablado con ella. Su difunto padre la recibió, le entregó los datos que el profesor Marduck le pedía, y se fue. Cuando dicha señorita salió, Doc Burbidge estaba con vida. ¡Ah, y el teléfono no funcionaba ya, porque el profesor Marduck trató de llamar, sin conseguirlo.

— ¿Qué le pasaba al teléfono? Ahora ya funciona.

— Lo sé. Alguien cortó el cable con unas tenazas

— dijo Skillen.

— ¿El asesino?

— Posiblemente. Pero no sé qué interés podía tener, a menos que temiera fallar el golpe y no quisiera que su padre llamase a la policía.

— ¡Qué horror! — exclamó Agatha Kinkaid—. ¿ Por qué le mataron?

— Tengo varias versiones, todas ellas muy plausibles. El robo es la más importante.

— ¡Vaya!—exclamó Hermes—. Deduzco que ya ha hablado usted con Mr. Tubman y, de paso, habrá pedido a la policía francesa que siga mis últimos pasos en París.

— Sí, por supuesto. He hecho todo eso y algo más — dijo Skillen—. Y me confirmo en la opinión que tenía de su padre.

— ¿Convertía el plomo en oro? — preguntó Hermes.

— Prefiero no hablar de eso — contestó Skillen, mirando de reojo a Agatha Kinkaid—. Ahora, si me lo permite, echaré un vistazo más detenido al laboratorio.

— Sí, por supuesto — accedió Hermes.

El inspector saludó con la cabeza a Agatha y se alejó hacia la puerta. Cuando hubo salido, la señora Kinkaid se acercó a Hermes.

— ¿ Qué ha querido decir?

— No lo sé. No entiendo a ese hombre. Creo que tiene un concepto equivocado de mi padre.

— Doc Burbidge era muy retraído y solitario. Con cierta frecuencia, lo he visto pasear solo por los alrededores. Era la estampa del viejo filósofo.

Hermes trató de sonreír.

— La vida le enseñó mucho.

— ¿Qué hacía siempre encerrado aquí? Incluso de noche he visto luces extrañas en esta casa. Estaba un poco asustada.

— ¿Espiaba usted a mi padre, Agatha?

— ¡Oh, no; por supuesto que no! Pero una tiene aquí pocas ocasiones de divertirse.

— Admito que mi padre no era un excelente vecino.

— ¿Y qué harás ahora, Hermes? ¿Piensas quedarte?

— No. Permaneceré aquí hasta que se aclare todo esto. Luego, volveré a París. Tengo algunos proyectos en mi mente.

— ¿Boda?

— ¡Oh, no! Aún he de encontrar la mujer ideal.

Agatha sonrió de un modo muy especial.

— En Escocia hay mujeres muy bellas, Hermes. Nada tenemos que envidiar a las francesas... ¿Quieres venir a comer conmigo? Paul ha salido de viaje y no volverá hasta mañana. Me aterra la soledad.

— Lo siento, Agatha. Debo ir a Inverkeithing. Estoy citado con Mr. Tubman.

— ¿Por qué no vienes a cenar?

— No sé si podré. Tal vez regrese tarde.

— Puedo esperarte — Agatha hizo una sinuosa inflexión con su voz, como hablando con mimo.

Hermes la miró fijamente y se acercó a ella.

— Tu marido me dijo que tuviese cuidado contigo, Agatha.

— ¿Eso te dijo? ¡Bah, Paul es muy anticuado!

— Y nosotros demasiado modernos. Seamos amigos, Agatha. Nada más.

Ella se acercó más a él. Sus ojos brillaban.

— Me gustaría poder contarte lo desdichada que soy, Hermes.

— Lo imagino.

— Un día cerraré los ojos y cometeré una locura.

— Harás mal. Fuera de aquí hay mucha maldad. Éste es un lugar tranquilo...

— ¡No me entiendes, Hermes! ¡Soy capaz de envenenar a Paul!

* * *

Hermes entró en el laboratorio, donde el inspector Skillen estaba examinando una estantería. Al oír los pasos del joven, se volvió y preguntó:

— ¿Ya se ha ido la coqueta?

— ¿Agatha?

— Sí. Esa mujer es peligrosa, señor Burbidge. He oído todo lo que han hablado — Skillen se quitó del oído un diminuto amplificador, que iba conectado a una radio de bolsillo—. Dejé un micrófono en el salón.

Hermes se mordió los labios y luego dijo:

— Trato de quitármela de encima como puedo.

— Lo sé. Esa mujer ha tenido varias aventuras en Inverkeithing. Su esposo estuvo a punto de pedir el divorcio. Pero tampoco es trigo limpio.

— No me interesa todo eso, inspector. ¿Qué busca?

— La caja fuerte secreta de su padre. Debe estar por aquí. ¿Ha leído este libro? — Skillen tomó un viejo volumen de la estantería y se lo mostró a Hermes—. Es de Nicolás Flamel... «Sobre las figuras jeroglíficas que hizo pintar en el cementerio de los Santos Inocentes de París». Aquí habla del manuscrito de Abraham el Judío, príncipe, sacerdote, levita,

astrólogo y filósofo... ¡Muy singular, sin duda! Flamel logró realizar la Gran Obra.

Hermes sonrió.

— Lo dudo mucho. ¿Qué entiende usted por la Gran Obra?

— El elixir de la sabiduría que Hércules robó del Jardín de las Hespérides, el Vellocino de Oro, la manzana del Bien y del Mal, pues con todos esos nombres se conoce desde la más remota Antigüedad.

«No se engañe, señor Burbidge. Estoy muy enterado de lo que hacía su padre aquí. ¿Sabe cuál es la fortuna que va a heredar usted?

— No tengo la menor idea. Hoy pensaba ir a Inverkeithing a ver a Mr. Tubman.

— Le acompañaré. Y puedo anticiparle que es usted dueño de una inmensa fortuna... Más de cien millones de libras esterlinas.

Hermes se quedó con la boca abierta.

— No... ¡no es posible!

— ¡Vaya que sí! Su padre, el año pasado, vendió una gran partida de oro y platino en pequeños lingotes. Y me consta que sólo pudo salir de esos moldes que hay debajo de la mesa. Los he examinado. Todavía quedan vestigios de la fundición.

»¡Ah, hasta yo sería capaz de renunciar a mi cargo si tuviese la fórmula!

Hermes reaccionó y repuso:

— Usted sueña, inspector. He estudiado química durante diez años y puedo asegurarle que no es posible la transmutación de los metales.

— No me venga con monsergas, señor Burbidge. Esas cosas no se enseñan en las universidades. Los pocos hombres que, como su padre, han averiguado algo, se lo callan. ¿Cree usted que esos secretos se pueden divulgar a los jóvenes? De ser así, el mundo hubiera cambiado mucho.

»Una fórmula que convierta un metal deleznable en oro o platino, en este mundo nuestro, vale millones. Por ello, no sólo se mata, sino que se cometen las mayores barbaridades. Y los sabios que conocen esta clase de secretos, saben que no pueden revelarlos más que a los adeptos, a sus hijos...

— Mi padre jamás me habló de lo que estaba investigando aquí.

— Lo creo. Pero su padre le envió a las mejores universidades del mundo, para prepararle adecuadamente, a fin de recibir, en su día, la revelación mágica — Skillen se detuvo frente a Hermes —. ¿ Qué descubrió! su padre? Posiblemente, llegó al fin de la Gran Obra.

— ¡Eso es absurdo, inspector! —protestó Hermes.

— Hay opiniones. Yo tengo la obligación de pensar en todas las posibles causas del asesinato. Veamos. Celin Hayflick, por ejemplo, sabe más de lo que aparenta.

— ¿La secretaria del profesor Marduck?

— Sí. Ella estuvo aquí, el lunes. Alegó que el teléfono no funcionaba, y por eso hizo el viaje en coche. Aquí hay tres teléfonos. Uno en el vestíbulo, otro dentro de este cajón — Skillen señaló la mesa corroída por los ácidos — y un tercero en el dormitorio de su padre.

»Todos están conectados a la misma línea... Y esa línea fue cortada después de hablar usted con su padre desde París. Lo he comprobado.

»Celin Hayflick pudo cortar la línea para tener la excusa y venir a ver a Doc Burbidge. Podía saber que su padre estaba realizando algo importante aquí... ¡Y ese algo ya no está! A menos que seamos capaces de encontrar la caja secreta.

La nueva doncella carraspeó en la puerta del laboratorio. Los dos hombres se volvieron.

— ¿Qué hay, Mary?

— La señorita Hayflick desea hablar con usted, señor.

— Hablando del ruin de Roma...—empezó a decir Skillen.

— Dígale que voy inmediatamente.

— Sí, señor. La haré pasar al salón.

— ¡No, allí no! —exclamó Hermes.

El inspector Skillen sonrió abiertamente y sacó del bolsillo un pequeño receptor de radio.

— Tenga, señor Burbidge. Prometo no escuchar nada... Sé muy bien lo que Celin Hayflick viene a decirle.

— Yo no conozco a esa señorita.

— Pues tenga cuidado con ella... ¡Es mucho más turbadora que la señora Kinkaid! Y, además, soltera. También es licenciada en fisicoquímica... ¡Muy bonita, a fe mía!

* * *

Hermes quedó aturdido y confuso al ver a Celin Hayflick, que vestía una blusa de hilo transparente y un pantalón corto, de campana, muy a la moda. Aparentaba unos veintitrés años, era alta, esbelta, agraciada en extremo y poseía los ojos rasgados más grandes y luminosos que Hermes había visto en su vida.

La sonrisa que dirigió al joven fue algo fabuloso.

— Hola, Hermes. ¿ No te acuerdas de mí?

Pues... Si te he conocido antes, soy un ingrato al no acordarme.

— Estudiamos juntos en Edimburgo. Bueno, sólo durante un curso. Luego, te fuiste a los Estados Unidos. Yo continué allí, hasta que el profesor Marduck me encargó de sus papeles.

Hermes estrechó la mano de Celin y la retuvo más de lo necesario.

— Si no me fijé en ti entonces, ahora me desquito.

— Admito que he cambiado bastante — confesó ella, sonriendo con naturalidad—. Era delgada y esmirriada.

— ¿Quieres sentarte?

— Gracias.

Se sentaron junto a la ventana abierta. El perfume del jardín, donde trabajaba el nuevo jardinero, llegó hasta ellos.

— ¿Un cigarrillo, Celin? — ofreció él, tomando una caja metálica.

— Gracias. —Ella aceptó también la llama verdosa del encendedor de flúor, y luego cruzó sus bonitas piernas, reclinándose hacia atrás—. Te preguntarás a qué he venido.

— Eso es lo de menos. Estás aquí. Soy feliz por haberte conocido y... alguien me ha dicho que eres soltera.

Celin sonrió.

— ¿Está aquí el inspector Skillen?

— Sí. Anda husmeando por el laboratorio de mi padre.

— ¡Ese hombre sospecha de mí!

— ¡Toma, y de mí también! Pero nosotros no hemos matado a mi padre; eso es seguro.

Celin Hayflick bajó la mirada y pareció contemplarse la punta de sus pequeños zapatos de «vitrex».

— Yo no estoy tan segura como tú de no haberlo hecho.

Hermes se sorprendió.

— ¿Qué quieres decir?

— El lunes por la tarde, yo estuve aquí.

— Sí, eso me han dicho.

— Hablé con tu padre en el vestíbulo. Traje unas notas del profesor Marduck, que Doc Burbidge repasó, sentado en una butaca polvorienta, mientras yo esperaba. Hizo algunas correcciones y me devolvió los papeles.

»Nos despedimos y me fui. ¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Inverkeithing? Doce, exactamente. Yo debía haber hecho el trayecto en diez minutos... ¡Y, sin embargo, tardé más de una hora!

— ¿Qué te ocurrió?

— No lo sé... Sentí una extraña modorra cuando subía la cuesta. Hube de detener el coche y apartarme a la cuneta. Estuve sin sentido más de sesenta minutos.

— ¿A qué atribuyes eso?

— No lo sé. La policía está investigando mi coche.

— ¿Se lo has dicho a Skillen?

— ¡Naturalmente! A ese hombre no se le puede ocultar nada. Es muy sagaz. Ha dicho que puede ordenar mi detención de un momento a otro. Por eso he venido. Digan lo que digan, quiero que sepas que yo no maté a tu padre... ¡Y si lo hice, fue inconscientemente, sin saber lo que hacía!

Hermes, con los ojos entornados y los labios apretados, observó detenidamente a su visitante durante unos segundos. No era aquélla la imagen que tenía él de una homicida.

— ¿Crees que alguien colocó alguna clase de gas hipnótico o

somnífero en tu coche para dejarte inconsciente y obligarte a cometer el crimen?

— No lo sé — confesó ella —. O para hacerme parecer culpable. Según parece, con los alicates que llevaba en la caja de herramientas fue cortado un hilo de cobre, que bien pudo ser el del teléfono.

— No tiene sentido. Tú trataste de llamar y no lo conseguiste. Eso indica que el teléfono estaba cortado ya.

— Sí. Y por tal motivo vine. Pero de algún modo, mis alicates han servido para cortar cobre, haya sido hecho antes o después.

— Si puedes demostrar que cuando llamaste el teléfono no funcionaba...

— He podido demostrarlo. El profesor Marduck estaba conmigo.

— ¿Por qué crees que han matado a mi padre?

— Para arrebatarle la piedra filosofal o la piedra mágica. De toda la alquimia, lo más difícil es lo que debió encontrar tu padre.

— Entonces, ¿es cierto que mi padre era alquimista?

Celin pareció sorprenderse.

— ¿No lo sabías?

— No. Creí que sólo hacía investigaciones químicas.

— Tu padre era un sabio, Hermes. Le ha facilitado fórmulas a mi jefe de valor transcendental. Ambos eran amigos desde la juventud. Y fue mi jefe quien se quedó en la cátedra de la Universidad de Edimburgo cuando tu padre renunció a ella, después de la muerte de tu madre.

»¿Y si quieres más pruebas? ¿De dónde ha sacado tu padre su fortuna, sino de las probetas?

— Pero ¿ es que es posible transmutar los metales?

— ¡Naturalmente! Los físicos actuales necesitan enormes ciclotrones y aceleradores atómicos para bombardear el átomo. Pero los alquimistas hacían eso con un simple atanor y una ciencia que se ha ido transmitiendo por medio de cábalas y símbolos desde mucho antes de la Era Cristiana.

»¡Y por medio de la piedra filosofal es posible curar las enfermedades, vivir quinientos o mil años, gozar de la sabiduría plena y ser inmensamente rico! ¿No es ese motivo suficiente para matar?

— Si fuese cierto... supongo que sí.

— ¡Pues es cierto! ¡Yo he visto la piedra filosofal!

Capítulo III

ARSÉNICO MERCURIAL

El inspector Skillen interrumpió la entrevista, llamando a la puerta y abriéndola sin esperar a ser autorizado. Apareció su cara de tez oscura que sonreía.

— Espero no molestar—dijo—. ¿Qué tal, señorita Hayflick? ¿Conocía usted al rico heredero?

— Posee usted la facultad del inoportunismo, inspector— contestó Celin seriamente.

— No se enoje conmigo, señorita. Todavía no me he decidido a encarcelarla — replicó Skillen, acercándose a la pareja.

— ¿Por qué no lo hace, inspector? — pareció retar ella.

— Sencillamente, porque temo que sus abogados la saquen por otra puerta. Me faltan muchas pruebas. Comprenda que debo detener a alguien cuanto antes o me veré en dificultades ante mis jefes.

— Creo que se equivoca con Celin Hayflick — observó Hermes —. No la creo capaz de cometer un asesinato.

— Puedo enseñarle más de mil casos que tenemos en nuestros archivos centrales de personas a las que nadie creía capaz de cometer un delito. Y todos estaban equivocados.

»Voy a confesarles un secreto. Para mí, todas las personas relacionadas con un caso de asesinato son sospechosas. Desconfío de todo el mundo por sistema. Y en el caso que nos ocupa, cualquiera podía tener el motivo.

»Sin embargo, mas sospechosos son los que conocían las actividades a que estaba dedicado Doc Burbidge. ¿Verdad que las conocía usted, señorita Hayflick?

— Sí. Acabo de decírselo a Hermes.

— Usted le ha dicho que vio la piedra filosofal.

— ¡Inspector!—exclamó Hermes—. Me dijo que no escucharía...

— No he escuchado — contestó Skillen, flemático—. Le he dado el transistor. Pero, a veces, oye uno sin querer. Sólo por curiosidad, señorita Hayflick, ¿cuándo y cómo vio usted la piedra filosofal?

— Hace seis meses. Vine acompañando al profesor Marduck, requerido por Doc Burbidge.

— ¿Y se la enseñó?

— Sí. Nos mostró un objeto brillante, que parecía irradiar luz, dentro de un pequeño frasco. Tuve la impresión de que se trataba de una pequeña cantidad de radio. Pero Doc Burbidge nos dijo que era la piedra filosofal.

— Dicho de otra manera, ¿el elixir de la juventud? — preguntó Skillen con una tenue sonrisa.

— Él dijo la piedra filosofal.

— ¿Y qué les dijo?

— Nos dijo que tenía entre sus manos la clave del origen del universo, aquello por lo que tanto se había luchado, tanta sangre se había derramado, y tantos infortunios había causado a los hombres.

— ¿No explicó cómo lo había logrado?

— No, eso no podía hacerlo — explicó Celin—. Habló con el profesor Marduck en términos abstractos y profundos, muchos de cuyos conceptos se me escaparon.

— ¿Quiere eso decir que él profesor Marduck conoce el secreto de Doc Burbidge?

— No. Mi jefe no conoce el secreto. Al parecer, sólo posee algunos conocimientos importantes, que, a su debido tiempo, debía transmitir a Hermes Burbidge.

— ¿A mí? — se sorprendió Hermes.

— Sí. Todo el trabajo realizado por tu padre debía serte comunicado, en caso de que él muriese. Así lo dispuso. Y sé que escribió cuatro cartas y las entregó a distintas personas.

— ¡Ah, esto se va haciendo interesante! —exclamó Skillen—. Eso era lo que yo estaba buscando. ¿Sabe usted quién tiene esas cartas?

— Sólo sé que el profesor Marduck guarda una. Es lógico suponer que Mr. Tubman posea otra. El albacea testamentario, Mr. Roberts, debe conservar la tercera. Ignoro a quien debió dejar Doc Burbidge la cuarta.

— ¿Y cómo sabe usted que son cuatro cartas?

— Nos lo dijo él mismo. Y nos explicó algo más. Esas cartas sólo puede abrirlas Hermes, una vez las tenga todas reunidas. Si se abriera una sola de ellas, separada de las otras, su texto se borraría inmediatamente, pues están escritas con una tinta especial.

— Muy propio de un alquimista — admitió Skillen—. Prudencia, cautela, sigilo y… Dígame, ¿presentía él su fin?

— Creo que sí. Recuerdo que dijo: «Hago esto, por si me ocurre algo, Conrad».

— ¿Y qué hizo con el «alkaest» después de enseñárselo a ustedes? ¿Advirtieron alguna propiedad mágica en ello?

— Nos dijo que debía disolverse una pequeña cantidad en agua. El que lo tomase sentiría la felicidad perfecta, no envejecería, poseería una gran sabiduría y dominaría los conocimientos extrasensoriales de los seres superiores.

Hermes, que escuchaba a Celin casi boquiabierto, no pudo por menos que preguntar:

— ¿Y todo eso me ha legado mi padre?

— Sí, Hermes. Vas a ser un hombre muy importante.

— Tanto — añadió Skillen irónicamente—, que necesitará una legión de hombres para proteger su vida, si la noticia trasciende. Llegarán aquí los aventureros más atrevidos y hasta los jefes de estado disputarán el privilegio de conocer a Hermes. Un porvenir nada envidiable. Poseer esos conocimientos significa no poder dormir tranquilo el resto de sus días. A menos que... Bueno, quiero decir que desaparezca y se vaya donde nadie le conozca, que se oculte, como los criminales.

— No conseguirá usted inquietarme, inspector. ¿Cree que la cárcel de Inverkeithing puede ser un buen refugio para mí, una vez esté en posesión de ese maravilloso secreto?

— No lo creo.

— Entonces destruiré públicamente las cartas sin abrirlas. Creo que mi padre no era tan listo como dicen — Hermes se levantó y suspiró—. Ahora, si me lo permiten, debo ir a ver a Mr. Marcus Tubman. Me espera a las cuatro en sus oficinas.

— Pensaba acompañarle — dijo Skillen—. Pero creo que preferirá la grata compañía de la señorita Hayflick. Me quedaré por aquí. Tengo que seguir buscando.

— He venido en el coche del profesor Marduck y no puedo dejarlo aquí. Seguiré a Hermes hasta la ciudad.

Efectivamente, así lo hicieron. Hermes fue siempre delante del coche de la joven. Antes de entrar en Inverkeithing, se detuvo él para hablar con Celin.

— ¿Nos podemos ver esta noche para cenar, Celin?

— Sí, encantada.

—Pasaré a buscarte. Dame tus señas.

Celin sacó una tarjetita azulada y se la entregó.

— Te estaré esperando a las nueve. Tengo algo más que decirte, si es que no te lo dicen Mr. Tubman o Mr. Roberts.

— ¿Qué tienen que decirme?

Ella bajó los ojos y respondió, tímidamente:

— Tu padre me apreciaba mucho, Hermes. ¿No te habló de mí nunca?

— No.

— Bueno. Entonces, que te lo digan ellos.

* * *

Un hombre joven, desenvuelto, y dinámico, recibió a Hermes en las modernas oficinas que la firma Tubman poseía en la calle principal de la ciudad.

— Soy Stefan Tubman, señor Burbidge. Mi padre le está esperando en su despacho.

— Encantado, señor Tubman — replicó Hermes, estrechando la

mano del otro.

— Puede llamarme Stefan. Sólo soy un año mayor que usted. —La sonrisa del joven era contagiosa—.

Quisiera ser amigo de nuestro mejor cliente.

— Será un placer, Stefan — contestó Hermes.

El joven acompañó a Hermes a un despacho interior. Una docena de hermosas secretarias miraron de reojo al visitante. Todas debían saber quién era.

Marcus Tubman también acogió a Hermes con excesiva afabilidad y la insistencia del «hijo mío» llegó a no gustar a Hermes. Era un hombre de recia complexión, cabellos grises y gestos afables, muy elegante y de dicción perfecta.

— ¡Oh, hijo mío, estoy encantado de que hayas venido!

— Necesitaba hacerlo.

— ¿Todavía está la policía allí?

— Sí. Hay dos agentes rondando por el jardín y el inspector Skillen no cesa de remover toda la casa.

— ¡Ha sido una terrible desgracia para todos nosotros, hijo mío!

El verdadero hijo de Marcus Tubman se había sentado en una butaca y escuchaba, ora mirando a su padre, ora a Hermes.

— Tu padre confiaba mucho en mí — añadió el agente de negocios —. Me honró con su confianza durante años. Y jamás le defraudé.

— Sé que tampoco me defraudará a mí. Creo que mi padre era muy rico.

— ¡Muchísimo! —exclamó Marcus Tubman—. El hombre más rico de nuestro país... Su fortuna, que administro yo enteramente, asciende a ciento once millones cuatrocientas sesenta y tres mil libras y unos peniques. ¿Lo sabías, hijo mío?

— El inspector Skillen cree que yo he matado a mi padre para heredarle.

— ¡Qué horror! Habrá que presentar una queja contra ese hombre impertinente.

— Él cumple con su deber. Es excesivamente franco e hiriente. Pero me cae simpático — dijo Hermes—. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo consiguió mi padre esa fortuna?

Padre e hijo se miraron. Luego, Marcus Tubman dijo:

— Para nosotros, no es un secreto que tu padre realizó descubrimientos sensacionales relacionados con la materia. No sabemos hasta dónde pudo llegar, pero le hemos negociado partidas importantes de oro y platino.

— ¿Qué él fabricó en su laboratorio? — preguntó Hermes.

— Lo ignoro — dijo Marcus Tubman—. Debo suponer, sin embargo, que fue así. Todo aquel género fue analizado detenidamente y los joyeros lo dieron como de la mejor calidad. Por lo tanto, su venta no

ofreció dificultad alguna. Todavía tenemos en reserva gran cantidad, por necesidades del mercado.

»Pero si quieres disponer de su importe, el banco de Edimburgo te lo hará efectivo inmediatamente. Antes, como es lógico, debes ponerte de acuerdo con Mr. Harry Roberts, que se encarga de los asuntos legales. Él es el albacea testamentario de tu padre.

— ¿Le entregó a usted mi padre un sobre lacrado?

— Sí. Veo que el profesor Marduck no ha perdido el tiempo. Yo guardo ese sobre en mi caja fuerte. Tu padre me dijo que había dejado cuatro sobres iguales. Pero que no podían abrirse si no estaban todos juntos.

«Creo que Conrad Marduck tiene otro y el tercero lo guarda Mr. Roberts. No tengo la menor idea respecto al cuarto sobre.

— Ya aparecerá. ¿Qué supone que contienen?

— Posiblemente, fórmulas de gran importancia.

— ¿Y por qué hizo esto mi padre? ¿Acaso temía la muerte?

— Tal vez. A pesar de que confiaba mucho en mí, últimamente no le veía mucho. Cuando quería darme instrucciones, utilizaba el teléfono. Casi siempre era para enviarte dinero a París, Moscú o Nueva York, cosa que yo me apresuraba a cumplir. No habrás tenido queja de nuestra diligencia.

— En absoluto, señor Tubman.

— De todas formas, mientras Mr. Roberts arregla las cuestiones legales, no vaciles en pedirme lo que necesites. ¿Quieres alguna cantidad a cuenta?

— Sí. Me hace falta algún dinero. No he vuelto muy bien provisto.

Marcus Tubman hizo una seña a su hijo y le ordenó:

— Ve y pide veinte mil libras a Jones... ¿te arreglas, de momento, con eso? Corresponde a la renta de un mes de la fortuna de su difunto padre.

— ¡Diablo, no creí ser tan rico! — exclamó Hermes.

Stefan salió del despacho. Entonces, su padre, dijo, bajando la voz:

— Escúchame, hijo mío. Recibirás proposiciones fabulosas. Sé que el banco de Edimburgo te enviará a sus mejores hombres con proposiciones increíbles. Hazme caso y desóyelas todas. Te van a ofrecer millones por las fórmulas de tu padre. No los escuches. Sé que valen más que todo el dinero que hay en el mundo... ¡No cometas errores! ¡Es mejor que confíes en mí, como lo hizo tu padre! Yo le aconsejé siempre bien.

— No he dudado nunca de su formalidad, Mr. Tubman. Seguiremos como hasta ahora.

— ¡Gracias, hijo mío; tu confianza me honra! Bien, te daré el sobre que me confió tu padre. Recuerda. No debes abrirlo hasta que poseas los otros tres. Creo que, de no cumplirse esta formalidad, la escritura se

borraría totalmente.

— Sí, estoy enterado.

Marcus Tubman poseía una caja secreta en su despacho, que no vaciló en abrir en presencia de Hermes, dejando al descubierto grandes cantidades de dinero. ¿El sobre que extrajo era corriente, pero de un papel muy sólido y estaba perfectamente lacrado. Contenía varias hojas de papel, por lo que abultaba bastante. Con letra clara, Doc Burbidge había escrito:

Para entregar a mi hijo Hermes Burbidge, en caso de que yo muera. No se abra, si no están los cuatro sobres juntos.

Stefan Tubman regresó en aquel instante con un lujoso maletín, el cual depositó sobre la mesa de su padre, delante de Hermes.

— Veinte mil libras en billetes pequeños... ¡Una fortuna!

—Gracias, Stefan.

— Tienes que firmar aquí — añadió el joven Tubman, entregando un papel a Hermes—. Comprobante de caja.

— Ahora — añadió Marcus Tubman—, espero que nos honrarás esta noche con tu presencia en mi casa. Mi esposa y mi hija están ansiosas por conocerte.

— ¡Oh, sí que lo siento, señor Tubman! Esta noche estoy comprometido con Celin Hayflick. ¿Le importa que sea mañana?

— Conozco muy bien a Celin—intervino Stefan—. No tendrá inconveniente en venir contigo... ¡Es muy amiga mía!

El tono que empleó Stefan al hacer esta última afirmación no agradó mucho a Hermes. Le pareció captar un sentido posesivo.

— Si no vienes, Martha sufrirá un desencanto—insistió el señor Tubman—. Le aseguré que vendrías.

— Hablaré con la señorita Hayflick — dijo Hermes.

— Mi hermana Martha está enamorada de ti desde antes de conocerte — añadió divertidamente Stefan.

— ¡ Eres incorregible, Stefan! — le reprochó su padre.

— A ti no te lo ha dicho, pero a mí sí. Lleva tres días preguntándome cómo es Hermes.

— No tendré más remedio que ir... ¿A qué hora?

— A la que te venga mejor, hijo mío.

— Ahora voy a ver a Mr. Roberts. ¿Tiene su dirección?

— Sí. Es en esta misma calle, en el número 204. Bajando hacia Centre Square. No tiene pérdida.

— ¿Te acompaño, Hermes? — ofreció Stefan.

— No, gracias. Debemos tratar asuntos privados. Ya nos veremos esta noche.

Hermes abandonó la oficina con la sensación de haber sido

descaradamente halagado y se prometió no asistir a la cena-trampa que le tenían preparada. No sintió ningún deseo de conocer a Martha Tubman. Imaginó cómo podía ser la hija de un agente de negocios. Estirada, seca, empalagosa y hasta codiciosa, con el pensamiento puesto en la cuantiosa fortuna de Hermes.

¡Celin Hayflick era mucho más interesante!

En el despacho de Mr. Harry Roberts, se repitió la afectuosa acogida. El letrado se disculpó por no haber podido asistir al sepelio de Doc Burbidge.

— Estaba en una importante reunión, en San Francisco. Y cuando me avisaron, ya era tarde. La policía ha actuado fríamente y sin consideraciones. Ni siquiera han facilitado una nota a la prensa.

— El inspector Skillen me dijo que no convenía hacerlo. Me habló del secreto del sumario.

— Sí, sí. Bueno, señor Burbidge. Le daré el testamento y usted se lo lee con calma. Lo redacté yo mismo, pero, aparte de los términos legales, hay instrucciones, dictadas por su difunto padre, que no las entiendo. Tengo también un sobre con instrucciones particulares.

— Sí, ya estoy enterado.

— Tendrá que firmarme algunos documentos para la legalización de sus propiedades. Lo tengo todo preparado en esta carpeta. Tiene que firmar donde le he marcado unas cruces con lápiz.

Hermes firmó más de veinte documentos distintos, que no se molestó en leer. Había oído hablar de la honradez profesional de Mr. Roberts.

Cuando hubo concluido, el abogado le entregó el sobre lacrado, otro con el testamento, y luego le invitó a cenar.

— Lo siento, Mr. Roberts. No he podido eludir la invitación de Mr. Tubman.

— Me lo figuraba. ¿Mañana?

— Debo hablar con el profesor Marduck. Ya le llamaré. Quisiera hablar más detenidamente con usted, una vez haya leído todo esto. Y el sobre que falta, ¿quién lo tiene? — añadió Hermes, mostrando el sobre lacrado, antes de meterlo en el maletín.

— En el testamento dice que debe encontrarlo usted. No está al alcance de cualquiera. Puede que se encuentre en algún banco, en Burbidge House o lo tenga alguien que aparecerá en su momento. Le aseguro que ese sobre me ha quitado muchas horas de sueño.

— ¿Sabe usted que mi padre era muy rico?

— Sé lo que él me dijo. Y no acostumbro a revelar las confidencias de mis clientes difuntos — replicó Mr. Roberts secamente, como si estuviese enojado por la negativa de Hermes de aceptar su invitación.

Después habría de pensar Hermes en el arsénico J mercurial.

Capítulo IV

AVENTURA DE AMOR Y DE MUERTE

— Pasa, Hermes. En seguida estoy contigo... Ponte cómodo y sírvete lo que quieras.

La voz de Celin Hayflick procedía del interior del precioso «bungalow» que la joven tenía cerca de los terrenos universitarios de Edimburgo.

El salón era ultramoderno, de gusto refinado, decorado en azul y rojo y provisto de una perfecta combinación de luces. Todo daba una idea elevada del gusto de su propietaria.

Hermes dejó el maletín sobre una mesita, echó un vistazo en torno suyo y luego se acercó a mirar, a través de una puerta medio abierta, la espalda desnuda de Celin, que se arreglaba el rostro ante un espejo.

La joven sólo vestía un corto pantalón plateado y tenía los senos al descubierto. La mórbida visión, que no comprendió fuese premeditada, enervó los sentidos de Hermes, quien se volvió para no seguir mirando lo que el espejo reflejaba.

Sin embargo, Celin salió poco después, sólo cubierta con algo más que un pañuelo, con los ojos retocados, pintados los labios de un naranja rabioso y varias pecas artificiales.

Sonrió con exquisita gracia ante él y preguntó:

— ¿Estoy muy incitante?

— Mucho — contestó Hermes.

— Eso es lo que proponía. Me ha llamado Stefan Tubman. Ha dicho que debes llevarme a cenar a su casa. Ésta será mi venganza... ¡Quieren presentarte a Martha!

Hermes se acercó lentamente a ella. Y cuando estuvo casi al alcance de sus manos, la sonrisa se heló en los labios de Celin.

—Será mejor que no vayamos... Prefiero quedarme aquí.

— Es que... Creo que me he excedido, Hermes. Perdona. Me pondré algo más.

— No, quédate así — exclamó él, alargando la mano y asiéndola del brazo.

Ella se revolvió y, sin darse cuenta, se sintió abrazada y besada en el cuello. Luego, los labios de Hermes se hundieron en los suyos, color naranja. El aroma dulce de la fruta que llevaba el carmín enervó los sentidos del joven.

Y al abrazarla con fuerza contra su pecho, se desprendió el pañuelo que lucía Celin. Un grito de espanto brotó de su garganta, a la vez que se encogía, para ocultarse.

Pero ya era tarde. Hermes la tenía en su poder y no la dejó escapar.

— ¿Estamos solos? — preguntó con voz ronca.

— ¡ Por favor, Hermes! ¡No, déjame!

Ahora, violentamente casi, él ahogó sus palabras con un nuevo y más profundo beso. Y ella terminó por abandonarse en sus brazos, embriagada y extasiada.

Más tarde, Celin, en brazos de él, recostada en un mullido sofá, casi en la oscuridad, habría de decir:

— No creí que fueses tan impulsivo, amor mío.

— Ni yo pensé que pudieras ser tan maravillosa.

— No sabía qué hacer... La hermana de Stefan es inquietante y tiene mucha experiencia.

— ¡Vaya, Celin! ¿Qué trampa es ésta?

—¿No te han dicho que tu padre anhelaba que fuese su nuera?

— ¿De veras, cariño?

— Sí. Quise decírtelo, pero pensé que estaría escrito en su testamento.

— Todavía no lo he leído. Y, desde luego, doy la razón a mi padre. ¡Déjame quererte un poco más!

— No. Debo arreglarme de nuevo, si hemos de ir a casa de los Tubman.

— No me importa. Prefiero quedarme aquí, contigo. Son demasiado almibarados... ¡En cambio, Mr. Roberts es comparable al arsénico!

— ¿Arsénico? ¿Por qué has dicho eso?

— Es lo primero que se me ha ocurrido.

Celin se apartó de él y le miró fijamente a los ojos.

— Gas arsenical fue lo que colocaron en mi coche, el lunes pasado, cuando fui a ver a tu padre. O sea, que intentaban matarme. Por suerte, llevaba las ventanillas abiertas y tuve tiempo de detenerme, de lo contrario me hubiera despeñado.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Me ha llamado esta tarde el inspector Skillen.

Y me ha dicho que tanto los alicates como la maza del mortero carecían de huellas dactilares.

— No hablemos de eso ahora... Estamos solos, nos queremos, olvidemos todo lo demás. Déjame que te bese.

Sin embargo, Celin escapó de sus brazos y corrió a refugiarse en su cuarto, de donde salió, poco después, cubierta con una blusa de preciosa tela, muy ¿escotada.

— Empiezo a temerte, Hermes. Será mejor que vayamos a cenar con los Tubman.

— ¿Tanto interés tienes?

— Si. Quiero mostrar mi triunfo ante Martha. Ellos sabían que tu padre deseaba casarte conmigo. ¡ Y me revienta que no te hayan dicho

nada! ¿O me lo ocultas?

— No te lo oculto. Nadie me ha dicho nada de eso. Pero mi padre no debió decidir por mí. Soy libre para elegir mi propia esposa. Y, desde luego, todavía no pienso casarme.

— No me importa, Hermes. Sé que te gusto. Los Tubman han jugado un poco a su estilo. Martha vale mucho, no lo niego. Es tentadora. Y hasta Stefan ha estado asediándome con frecuencia. Sé que todo obedece a un plan premeditado.

»Y prueba de que no te miento, es que yo poseo el cuarto sobre lacrado. Te lo enseñaré, si quieres. Dice en su parte superior: *Se lo entregarás a Hermes, si se casa contigo.*

— ¡ Vaya! El profesor Marduck tiene uno, Roberts, otro, Marcus Tubman el tercero y tú el cuarto. Ya está completa la colección.

— Hay algo más, Hermes. Yo te daré el sobre, aunque no te cases conmigo. Soy tan liberal como tú o más y no quiero ser un estorbo en tu vida.

— ¿Estorbarme tú? ¡Por el amor de Dios, Celin! ¿Cómo puedes decir eso? — Hermes trató de abrazarla de nuevo, pero ella lo esquivó con habilidad.

— No quiero que pienses que soy una tonta, Hermes. Eres el primer hombre que me ha besado. Y me ha costado mucho dar este paso. Preparé tu recibimiento con la puerta abierta, espejo y un poco de descaro. Quería turbarte un poco.

— ¡Me has turbado del todo, Celin!

La sonrisa de ella amansó a Hermes.

— Reconozco que no valgo tanto como Martha Tubman. Pero también sé defenderme. El lunes fui a casa de tu padre por si habías vuelto. Estaba impaciente. Y no quise asistir al entierro, porque el luto no me favorece. Martha tampoco fue por el mismo motivo.

— ¡ Caramba con las chicas escocesas; sois más sagaces que las parisinas!

La risa de Hermes se contagió a Celin, quien no se dio cuenta de que él le estaba cerrando el camino hacia su cuarto. Y cuando quiso escapar, él la alcanzó, en dos zancadas, y la asió por los hombros.

Ahora, los besos fueron tan apasionados o más que antes. Él parecía no estar satisfecho nunca, jadeando, buscando sus ojos, sus labios, sus mejillas y su cuello, hasta que ella terminó por abandonarse de nuevo a sus fuertes brazos y ya no ofreció la más mínima resistencia.

Enajenados, se dejaron caer sobre el sofá.

Y allí, la locura del amor hecho fuego se apoderó de ambos.

— Hermes... mi corazón es tuyo... Ámame intensamente.

— ¡Alma mía! ¡Dulzura, cariño!

En arrebatado y palpitante abrazo, fundidos el uno en el otro, besándose hasta el aturdimiento, permanecieron unos minutos de

inacabable paroxismo.

Luego, él buscó su cuerpo. Y sus labios cálidos descendieron por su cuello.

De pronto Hermes notó que el cuerpo de ella se crispaba. Oyó una especie de gorgoteo en sus labios y sintió el abandono mortal de aquel cuerpo joven y palpitante.

Aún tardó unos minutos en comprender que Celin Hayflick estaba muerta en sus brazos.

Lo descubrió al ver los ojos abiertos de ella, la cabeza caída hacia atrás, con los brazos colgando, ¡ y una pequeña herida en el costado, por donde la sangre se iba escurriendo hacia el sofá!

— ¡Celin! — gritó él, poniéndose en pie de un salto.

Se volvió hacia la puerta y la vio entreabierta y algo que le pareció una sombra perdiéndose en el exterior.

* * *

El inspector Skillen y sus hombres llegaron media hora después que la policía local. Hermes había insistido en que se avisara al hombre que investigaba la muerte de su padre. Pero la policía de Edimburgo no quería poner aquel nuevo caso en manos de Skillen.

Fue necesario un forcejeo dialéctico y todo terminó en una fría colaboración, puesto que Hermes sólo quería hablar con Skillen. Así, hubo de declarar en presencia del inspector de la policía local.

— Fui a ver a Mr. Tubman, quien insistió mucho para que fuera a su casa a cenar — dijo Hermes —. Yo rehusé, alegando haber quedado citado con Celin. Pero ellos declararon que podía ella acompañarme. Incluso Stefan Tubman dijo que llamaría a Celin por teléfono, para invitarla. Creo que lo había hecho.

»Fui después a visitar a Mr. Roberts y, por último, vine aquí. Perdí algún tiempo en Edimburgo haciendo algunas compras... En “Parrish" encargué camisas y ropa interior... En "Mac-Donald” me tomaron fotografías para hacerme varios trajes de moda... Compré también algunos pares de zapatos que llevo en el coche. En eso pasé el tiempo, hasta que vine aquí a las nueve.

»Celin me esperaba. Dijo que se había arreglado así para impresionarme. Aseguró que temía la rivalidad de Martha Tubman y que me amaba.

»La puerta estaba abierta. Entré, la llamé y me dijo que me acomodase. La vi por entre la puerta entreabierta de su cuarto. Me turbó. Y luego, mientras... la besaba...

— ¿Estaba la puerta del exterior abierta?

— Sí. No creí que pudiera llegar nadie.

— ¿No oyó ruido alguno?

— Confieso que en aquel momento no hubiera oído ni un cañonazo.

Skillen, que había examinado previamente el lugar, preguntó:

— ¿Querían matarla a ella o a usted, Hermes?

— ¿Qué quiere decir?

— Si el asesino no le vino siguiendo a usted.

— No lo sé... ¿Qué supone?

— Los hechos parecen confusos y extraños — dijo Skillen—. Se ha empleado un arma silenciosa y mortal. La autopsia nos dirá si fue un proyectil envenenado o una simple bala de acero. Pero si usted y ella estaban en actitud apasionada, tanto uno como otro podían ser alcanzados por el disparo.

»Por tanto, sugiero una repetición de los hechos.

Hermes estaba nervioso y excitado.

— ¡Hágala usted, inspector! — replicó furioso.

— No tengo inconveniente, si usted me indica exactamente la postura en que estaban.

Fueron requeridos dos agentes para simular la escena de amor. Fue un poco grotesco y ridículo, pero Skillen insistió ásperamente, y uno de los subalternos ocupó el lugar de Celin Hayflick. Un segundo funcionario se inclinó sobre su compañero.

— ¿Estaban así? — preguntó Skillen.

— Poco más o menos — confirmó Hermes.

Skillen, seguido de su colega, se dirigió a la puerta desde donde se suponía que habían hecho el disparo.

—Si quiso matar a ella, debía confiar mucho en su buena puntería. Hermes Burbidge casi la cubría— dijo Skillen—. Eso me hace suponer que tal vez quisieron matarle a usted y fallaron. Nadie, para matar a Celin, se atrevería a disparar en esas condiciones.

— ¿Cree usted que quisieron matarme a mí?

Antes de que Skillen pudiera responder, sonó el timbre del teléfono. Fue el policía de Edimburgo, cuyo nombre era Willowy, quien lo descolgó.

— Diga... ¿Quién es usted?... No, lo siento. Ella no está ahora aquí, señor Tubman... Sí, sí; lo sé... Espere, se pondrá el señor Burbidge... No, no ocurre nada. — Willowy hizo una seña a Hermes y cubrió el auricular con la mano —. No le diga nada de lo ocurrido. Es Stefan Tubman. Desea hablar con usted.

— ¿Y qué le digo?

— ¡Nada! ¿Me entiende? Les esperaban a cenar y están preocupados. Dele una excusa. Dígale que Celin no está aquí y que la espera.

Hermes tomó el auricular y dijo:

—Soy Hermes Burbidge.

— ¿Qué sucede, Hermes? ¿Por qué no habéis venido ya? ¿Dónde está Celin? ¿Quién se ha puesto al teléfono?

— Calma, Stefan. No ocurre nada. Celin no está aquí.

— Pero ¿quién ha tomado el teléfono?

— Un amigo.

— ¿Dónde está Celin?

— Eso quisiera saber yo. Trato de localizarla.

— Os estamos esperando. Por eso he llamado. La cena está a punto.

— Lo siento, Stefan. No podré ir... Perdóname. Presenta mis excusas a tu padre.

— Pero...

— Os llamaré más tarde.

— ¡Algo ha ocurrido! ¡Lo presiento!

Hermes colgó el auricular y se volvió a Skillen.

— No me extrañaría que Stefan Tubman viniera aquí.

— No importa. De todos modos tenemos que interrogarle— dijo Willowy—. Ahora, continuemos.

La investigación prosiguió. Hermes hubo de contestar a cientos de preguntas. Habló de todo cuanta había ocurrido, lo que se dijeron Celin y él. Los policías eran incansables preguntando y registrando en sus grabadoras de bolsillo todas las respuestas.

Cuando Hermes ya no sabía qué decir, ni los policías qué preguntar, entró un agente y habló algo al oído de Willowy.

— Sí, que entren... Stefan Tubman y su hermana.

— ¡Se lo dije! — exclamó Hermes —. Sabía que vendrían.

Efectivamente, Stefan Tubman, vestido de etiqueta, con un chaqué dorado y camisa de botones brillantes, apareció en la puerta, seguido de una mujer de belleza extraordinaria, de largo cabello rojo, cuerpo escultórico y una maravillosa figura apenas oculta bajo un vestido de noche semitransparente.

Hermes, de no estar aún impresionado por la muerte de Celin, se habría quedado atónito, porque Martha Tubman era una criatura maravillosa e inquietante, de rostro ovalado, ojos grandes, labios sensuales y gestos casi eróticos. ,

Sin embargo, también ella parecía haber perdido su aplomo al encontrarse allí a la policía. Miró a todos, especialmente a Hermes, y luego se volvió a su hermano, quien estaba diciendo:

— No podía imaginar... ¿Qué es lo que ha ocurrido, inspector Skillen?

— Han matado a Celin Hayflick.

— ¡Cielo santo! — exclamó Stefan, demudado.

— Muy lamentable. Pero ya quisieron matarla el mismo día en que mataron a Doc Burbidge.

— ¿Por qué? ¿Quién? — preguntó Stefan.

— El porqué, puede imaginárselo usted, señor Tubman. En tomo a los Burbidge están sucediendo cosas muy importantes y de gran trascendencia. Sin ir más lejos, ahí tenemos un maletín con cerca de

veinte mil libras esterlinas. — Skillen señaló el lugar donde había dejado Hermes el maletín con el dinero y los documentos—. Un importante botín, que no está solo.

Y Celin Hayflick podía ser un estorbo para alguien. Cuando sepamos quién es ese alguien, podré responder a su segunda pregunta.

Hermes se acercó a los hermanos Tubman.

—Siento no haber podido decirte por teléfono lo que ocurría, Stefan. El inspector Willowy me lo indicó así.

— Comprendo... ¿Cómo iba a suponer yo...? ¿Y ella?

— Se la han llevado al hospital.

— Cabe la esperanza que el «Reactivador Vital» reanude la actividad fisiológica de su organismo — explicó Skillen—. Por eso, lo primero que hacemos en estos casos es trasladar el cuerpo al hospital. Los médicos suelen hacer milagros con los modernos procedimientos de reanimación.

»Si Celin Hayflick vuelve a la vida, no habrá asesinato, sino sólo intento. Y hasta puede que nos diga quién le disparó.

— ¡Estoy aterrado! ¡No salgo de mi consternación! ¿Puedo servirles en algo?

— Sí, deseo hacerles unas preguntas.

— Como gusten. ¿Puede irse mi hermana? ¡Ah, perdona, Hermes; ésta es Martha!

La joven apenas si movió la cabeza, pero miró a Hermes con manifiesto interés.

— Es mejor que se quede — dijo Skillen—. Luego, podrán marchar juntos. ¿Quiere usted sentarse, señorita Tubman?

Martha eligió una butaca junto a la ventana. Hermes se sentó a su lado y le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó maquinalmente.

— ¿Cómo ha ocurrido?— preguntó.

— Ella estaba en ese sofá... hablando conmigo. La puerta estaba abierta. No nos dimos cuenta. Tal vez emplearon un arma silenciosa. Y de pronto, se desplomó. Apenas si tuve tiempo de ver una sombra esfumándose en el zaguán.

— ¡Qué horrible! Y nosotros estábamos esperándoos en casa para la cena... Mi padre está muy preocupado. Quería venir...

Hermes no cesaba de mirar el perfil — ¡ el extraordinario perfil! — de la muchacha, que no aparentaba más de veinte años. Y sintió una profunda emoción al inhalar el perfume de ella...

Capítulo V

LAS CÁBALAS DEL SABIO

«Celin es una gran chica, hijo mío. Me gustaría que fuese tu esposa y compañera en la maravillosa empresa que te aguarda si sigues mis consejos. Ella está muy preparada también. Y todo esfuerzo es poco para desentrañar los misterios de la obra divina.»

Hermes, había leído más de diez veces aquel pasaje de la carta testamento de su padre, durante la breve noche que siguió a la muerte de Celin.

Había regresado a Burbidge House, casi de madrugada. Después del interrogatorio de la policía, se marchó con los Tubman y con el inspector Skillen. La noticia causó honda impresión en el ánimo de Mr. Marcus Tubman.

Luego, en su «Conway», Hermes regresó a su casa. Los criados estaban ya acostados y, por no molestarles, Hermes se encerró en su cuarto y se sentó en una butaca. Entonces abrió el maletín, donde guardaba el dinero y los papeles que le habían dado Mr. Tubman y Mr. Roberts. Contempló los dos sobres lacrados. Faltaban sólo los del profesor Marduck y el que dijo poseer Celin, y que más tarde trataría de recuperar, aunque tuviese que confesar a Skillen lo que no quiso revelar en las declaraciones.

El testamento era ológrafo. Lo había escrito su propio padre y Mr. Roberts daba fe de ello, al pie. No era muy conciso. Quería que su hijo siguiera sus pasos, «porque tenía cosas muy importantes que enseñarle», «cosas — añadía después — de trascendencia universal». No revelaba en ningún párrafo las características de tales «cosas», quizá porque la rúbrica del abogado Harry Roberts ponía freno a sus confidencias. Pero hablaba de cuatro sobres y mencionaba a quienes tenían tres de ellos, que eran Mr. Marduck, Mr. Tubman y Mr. Roberts. Respecto al cuarto, decía:

«El cuarto sobre lo posee una persona a quien aprecio mucho. Ella te lo entregará a su debido tiempo, aunque es la única persona que no está obligada a hacerlo. Cuando sepas las razones que he dado para hacer así las cosas, lo comprenderás todo y me darás la razón.

«El mundo es egoísta, hijo mío. Hay maldad en los corazones de los hombres y, aunque yo no debería preocuparme por mi salud, sí me inquieta la ambición de quien sé que es capaz de matarme.

»No te aflijas, hijo mío. El destino vela por nosotros. Hay secretos que no puedo revelarte. Muy pocos son los que conocen su destino y lo afrontan con valor y entereza. Tú también podrás conocer el tuyo, si lo

deseas y sigues mis consejos. La verdad no está en los hombres, ni siquiera en lo que nosotros pensamos de nosotros mismos o de los demás. La verdad es mucho más simple, sencilla y hermosa.

»Tú puedes verla. Yo te he preparado, haciéndote estudiar en las fuentes del conocimiento humano, para que luego te sea más fácil comprender el conocimiento filosófico.

»La verdad nos fue revelada hace siglos. Primero a Moisés, y luego a los labios y santos varones. Quien pide ayuda al Señor, la encuentra. Sólo hay que ir a Él con el corazón limpio y la humildad en el alma.

»Yo fui escuchado, hijo mío. Y quiero que tú también lo seas. No importa nada más. La muerte es una liberación, después de todo.

»Sé que eres joven y el demonio ha puesto en tu camino tentaciones terrenas. Te gusta disfrutar, careces de experiencia, amas tu juventud y tu fuerza, crees que la vida es eterna... No importa, hijo mío. Todos esos placeres no son más que ilusiones pasajeras, efímeras. Tu inquietud se calmará al fin, verás la realidad con sensatez y sabrás cuál es el camino que te dejo escrito en esos cuatro sobres lacrados.

»No será fácil, sin embargo. Como no lo es para los cuatro seres que, si se pusieran de acuerdo entre sí, y me fueran desleales, pueden reunir mi mensaje y estudiarlo. Por separado, esos escritos, no revelarán nada. No hay tinta en ellos, sino un compuesto químico de mi invención. Sólo estando los cuatro pliegos juntos, uno sobre otro, encima el primero del segundo y así sucesivamente, la escritura se hace visible. Más aún no lo comprenderás, si no te esfuerzas. Y habrás de pasar noches enteras leyendo, estudiando y meditando. La verdad está allí. Yo la puse para ti y la preservé de la codicia de los demás.»

¿Alquimia? ¿Química? ¿Qué era aquello? ¿De qué verdades sencillas y maravillosas hablaba su padre? Hermes estaba confuso, inquieto, desconcertado, tanto por los recientes acontecimientos como por todo cuanto le había ocurrido desde su regreso.

* * *

Le despertó el timbre del teléfono. Se incorporó en el lecho, consultó el reloj, viendo que era casi el amanecer, y luego extendió la mano y descolgó el auricular.

— Sí, aquí Hermes Burbidge.

— ¡Buenas noticias!—oyó exclamar la voz del inspector Skillen—. Los médicos del hospital Luther Martin han vuelto a realizar el milagro de revivir a un difunto... ¡Es formidable, muchacho! Estas cosas son las que me devuelven la fe en la humanidad. Unos matan en la sombra, acosados por la ambición; y otros devuelven la vida segada por el crimen.

Hermes no pudo articular palabra. Creía estar soñando. Miró el auricular, jadeó y terminó por gritar:

— ¡Hurra!

— De veras, muchacho. Una excelente labor. Se le ha extraído una bala de acero, de seis milímetros, que le rozó el corazón y le perforó el pulmón izquierdo. Quedó muerta en el acto. Pero el «Reactivador Vital» actuó antes de iniciarse el clásico «rigor mortis». Era cuestión de horas, ya lo sabes.

— ¡Gracias a Dios, inspector!—exclamó Hermes.

— Exacto. Gracias a Dios. Sé lo que representa esa chica para ti. Por eso me he apresurado a comunicártelo en cuanto Willowy me lo ha confirmado.

— ¿No hay peligro de recaída?

— No lo creo. Han podido operar a plena satisfacción. El informe procede del jefe de cirugía del hospital Luther Martin. Ahora, debemos esperar. Creo que Celin Hayflick puede decirnos muchas cosas acerca de la muerte de tu padre.

— Hay algo que quería decirle, inspector. Me lo confió ella antes de su... ¡Qué tonto soy! Iba a decir muerte

— Oficialmente, Celin Hayflick no ha muerto. Sólo fue herida.

— Ella me dijo que mi padre confiaba mucho en sus cualidades. Es más, he leído en el testamento de mi padre que es cierto. Él quería que me casara con ella. El cuarto sobre lacrado lo tenía Celin.

— ¡Vaya, esto aclara muchas cosas!

— Mi padre me envió a estudiar fisicoquímica porque deseaba prepararme para la investigación alquímica.

— Eso lo sabíamos todos menos tú, Hermes. Ya te lo dije. Que hacía oro y platino, nadie lo duda. Lo que la gente desea saber es cómo lo hacía.

»Pienso que el culpable de su muerte es una persona conocida. No puede ser de otro modo. El secreto de su fortuna no era tal secreto. Y mientras tu padre buscaba la piedra filosofal, la Gran Obra, otros, más mezquinos, sólo pretendían la fórmula de la transmutación del oro.

»La vida es así de compleja. Si tu padre estaba en el buen camino, hubiera sido necesario, para bien de todos los asesinos del mundo, protegerle la vida. El oro de su sabiduría era más valioso que todo el metal amarillo del mundo.

— Me alegra oírle decir eso, inspector. Ahora pienso de manera muy distinta a como pensaba antes.

— Ya hemos adelantado algo. Desde luego, he ordenado que te vigilen. No te sorprendas, por tanto, si ves a dos hombres siguiéndote siempre a todas partes. Son mis agentes. Todavía no sé si querían matarte a ti o a Celin. Tu vida, sospecho, vale tanto como la de tu padre.

— No exagere, inspector. De todas formas, me ha dado una gran alegría.

— Ya nos veremos, Hermes. Puedes seguir durmiendo.

Skillen colgó el auricular, pero Hermes no pudo volver a dormirse, por eso se levantó, se vistió y bajó el piso inferior, dirigiéndose acto seguido al laboratorio donde su padre había pasado tanto tiempo.

Allí, en el silencio, en la soledad, creyó captar el espíritu de su padre… ¡El alquimista!

Manoseó los innumerables objetos que allí había, hojeó los libros, deteniéndose a veces a examinar tal o cual dibujo cabalístico. En la Universidad había aprendido lo poco que acerca de la alquimia enseñan en los centros oficiales. Por esto, se encontraba algo familiarizado con ello. Vio los signos de la tierra, el agua, el aire y el fuego. Descifró con facilidad los guarismos de los planetas y metales. El Sello de Salomón era un emblema simbólico de la sabiduría y la riqueza.

Encontró fórmulas, más o menos ocultas, que sus conocimientos de química le hicieron ver con nuevos ojos, y comprender que la moderna química tenía sus orígenes, precisamente, en los antiguos alquimistas y espagiristas de la Antigüedad.

Y se preguntó qué habrían descubierto y conservado en sus libros aquellos silenciosos y oscuros investigadores del pasado, que encerraban en nombres esotéricas los secretos de sus interminables combinaciones.

Hermes sabía que el universo está compuesto de energía. Esto era el principio de todo. Y la energía era también la materia, al mezclarse entre sí los átomos. En el universo nada se pierde, nada muere, nada se desintegra… ¡todo se transforma!

Los átomos del material más simple, el hidrógeno, altamente comprimido, adquieren elevadas temperaturas. Cuando éstas alcanzan millones de grados, el hidrógeno se convierte en helio. Las transformaciones siguen un proceso natural y lógico. La materia surge de la energía, se transforma al combinarse entre sí el núcleo atómico, al complicarse el orden planetario de los pequeños cuerpos, de suerte que, añadiendo electrones al protón, se van obteniendo nuevos cuerpos compuestos y más complicados.

Ésta era, físicamente, la teoría de la transmutación material. Pero Hermes sabía que emplear ciclotrones para obtener unos gramos de oro, partiendo de minerales más abundantes en la naturaleza, era un pobre negocio, dado el coste de la experiencia. ¿De dónde partieron los antiguos alquimistas para sus transmutaciones, si no poseían los grandes y complicados aceleradores de partículas?

¿Fueron añadiendo electrones a los átomos simples o regeneraron los metales por medio de un disolvente universal?

Hermes intuía ya algo portentoso. Leyó en uno de los libros de su padre que los metales tenían vida, como las plantas y los animales. Todo nacía, crecía y moría. Nacimiento, desarrollo y muerte. Alba, cénit, ocaso.

La naturaleza, la tierra, el aire, el mar, todo estaba contenido en

leyes fijas e inmutables que alguien debió descubrir y cuyo conocimiento le hizo ser superior a los demás mortales. La sabiduría era un estado superior de conciencia y de espíritu.

El hombre que, en sus largas noches de vigilia, pudiera descubrir en el interior de un matraz cómo se realizó la obra de Dios en el Universo debió experimentar un gozo supremo. Y como era un sabio y conocía a los hombres, no salió a la calle gritando el Gran Secreto.

Debía saber, como lo supo Doc Burbidge, que la envidia y la maldad anidan en los hombres, en su miseria y en su ignorancia, puesto que es más perverso el ignorante que el ilustrado, y las apetencias del primero son más bestiales y salvajes que las del segundo.

Ahí estaba explicado el esoterismo, el hermetismo, la cábala y el misterio.

«Yo fui escuchado, hijo mío. Y quiero que tú también lo seas.»

Las palabras que su padre escribió tenían un significado claro y profundo ahora. Él había encontrado la verdad. Pero no podía revelarla. Ésta era la condición «sine qua non» del gran conocimiento. ¡Cada uno debía descubrirla por sí mismo! Ser hijo de Doc Burbidge no era más que un accidente, un afecto, una lealtad. Pero nada más. No había ningún privilegio. Si su padre se esforzaba por hallar la verdad, él debía hacer lo mismo.

Mary, la doncella, muy entrada la mañana, le encontró allí, en el laboratorio, abstraído en la lectura y consulta de aquellos libros.

— Perdón, señor. La señorita Tubman acaba de llegar. No estaba usted en su cuarto.

Hermes se sobresaltó. Miró a Mary y sonrió.

— ¡ Ah, sí! Dígale que voy inmediatamente.

— Sí, señor.

— Una pregunta, Mary. ¿Está usted a gusto aquí?

— Sí, señor — replicó la doncella, turbada.

— ¿Y Jerry?

— También, señor. Muy contento. Igual que la señora Cough. Ocurre que había mucho abandono en la casa. Pero ya se está arreglando todo.

— Quiero que cambie esta mansión, Mary. Pronto será un lugar moderno y agradable. Yo pensaba estar poco tiempo aquí, pero ahora he decidido quedarme. Haremos reformas y no hace falta que cobren en la agencia. Se quedarán aquí los tres, si lo desean, naturalmente, para siempre. La agencia rescindirá su contrato. Y yo les pagaré lo que deseen.

—¡Oh, señor; muchísimas gracias! — contestó la doncella alegremente.

* * *

Martha Tubman, con un precioso vestido corto, de calle, luciendo

sus esbeltas piernas, suelto el rojo cabello, radiante, en pocas palabras, salió al encuentro de Hermes, cuando éste penetró en el salón.

— Buenos días, señorita Tubman. ¿A qué debo el honor…?

— Oh, Hermes, qué formulismos. Pensé que te alegraría verme. Tenía tantas ganas de conocerte. Pero después de lo que sucedió anoche… Bueno, Stefan me ha sugerido que venga a llevarte a comer a casa.

— Gracias, Martha. Sois muy amables. Pero soy algo como mi padre. Prefiero la soledad.

— ¡Eso sí que no; eres un hombre joven, alegre, lleno de vitalidad! Mi padre sabe cómo vivías en París y afirma que tu vida estaba rodeada de amigas jóvenes.

— Entonces vivía mi padre y no tenía preocupaciones—Contestó Hermes—. Ahora, me preocupan muchas cosas.

— ¿Te refieres a lo que sucedió anoche en Edimburgo?

— Me refiero a que no hace todavía una semana mi padre fue asesinado brutalmente en esta casa, que Celin Hayflick, la mujer con la que mi padre quería verme casado, estuvo a punto de ser asesinada aquel mismo día con gas arsenical y que anoche alguien disparó contra ella.

»A todo eso me refiero, señorita Tubman. Y hay para inquietarse.

— Entiendo — admitió Martha Tubman—. Lo has dicho muy claro. Tu padre quería casarte con la secretaria del profesor Marduck. Yo lo sabía.

— Y tu padre también lo sabía, ¡pero no me dijo nada! Fue preciso que me lo dijeran ella y él, en su carta.

— Pero eso son cosas triviales. Los viejos se encariñan con las chicas que vienen a visitarle de vez en cuando.

— Mi padre siempre tuvo afecto al profesor Marduck. Celin estaba con él. Era de su misma escuela, como lo soy yo.

— ¿Qué estás tratando de decirme, Hermes Burbidge? — preguntó la bella mujer, muy seria.

—Sólo quiero vivir como mi padre.

— ¿Y quién te lo impide?

— Él no quería vida social. Yo, tampoco.

— Está bien. No vengas a casa, si no quieres. Nadie puede obligarte. ¿No te gustamos? Tu padre tenía mucha confianza en el mío.

— Como agente de negocios, sí. Pero yo puedo perder esa confianza.

—¡Oh, mi padre lo sentiría mucho! — Martha pareció alarmarse.

— No lo dudo. Hay otros agentes de negocios en Inverkeithing y puedo recurrir a ellos si estimo que ciertos secretos han trascendido. Parece ser que hay demasiada gente que sabe ya lo que hacía mi padre…

— Por favor, Hermes. He venido con la mejor intención. No esperaba este recibimiento tan frío.

— Si supiera quién mató a mi padre y trató de matar a Celin, quizá no fuese tan incisivo contigo. Pero lo ignoro. Y, como el inspector Skillen, sospecho de todos sin excepción.

— ¿Incluso de mí? — preguntó Martha, altivamente.

— He dicho de todos.

— ¿Qué motivos puedo tener yo para...?

— Uri motivo que, de momento, vale más de cien millones de libras esterlinas. Luego, puede ser muchísimo más.

— ¡Esto es un insulto abominable que no puedo...! — Martha se interrumpió, dio media vuelta y se dejó caer en un sillón, donde rompió a llorar—. ¡Nadie me había tratado tan cruelmente en mi vida!

— Lo siento. No pretendía ser tan duro — alegó Hermes, sin hacer un gesto de conciliación hada la singular mujer.

— ¡Eres abominable, despiadado y cruel! — le espetó Martha, volviéndose con violencia hacia él —. He sido una necia al pretender ser tu amiga, sin conocerte siquiera... ¿Cómo puede ser nadie tan... tan engreído y presuntuoso? ¿Es que crees que yo no soy nadie?

— Perdona, Martha. Si cuando regresé te hubiese conocido y no hubiera encontrado muerto a mi padre, estoy seguro de que mi entusiasmo habría sido enorme. No se ven todos los días muchachas tan atractivas como tú.

»Pero han sucedido todas estas cosas que me han hecho ver parte de la verdad. No estriba todo en la belleza.

— ¿De qué hablas?— preguntó ella, todavía gimoteando.

— De ti, de mí, de mi padre, del tuyo, de Celin Hayflick, del profesor Marduck, de todos nosotros. He regresado a un mundo que no conocía. He comprendido cosas que me parecían increíbles... ¡Y he visto la muerte muy cerca!

»Por eso no quiero ir a tu casa, ni a la de nadie. No me moveré de aquí y trabajaré para averiguar quién mató a mi padre. Además, deseo casarme con Celin.

— ¿Con una muer...?

— No ha muerto. Vive. El «Reactivador Vital» actuó a tiempo... ¡Y mi padre, que era el más sabio, quería que me casara con ella!

— Mi padre dice que los Burbidge son personas extraordinarias — dijo Martha, poniéndose en pie—. Yo lo confirmo también... ¡Hay algo en ti que parece irreal! Por eso he venido a verte. Si hubieses hedió un solo gesto, hubiera caído a tus pies... ¡Y no por el oro!

»Ahora me voy triste y desilusionada. Pero contenta. Me alegro que Celin no haya muerto.

Capítulo VI

UN HALLAZGO INCREÍBLE

Hermes encontró al profesor Conrad Marduck, abatido y cabizbajo, en la sala de espera del hospital Luther Martin, adonde llegó, a media mañana, seguido discretamente por un par de policías.

— ¡Hola, profesor Marduck!—exclamó el joven, al verle.

El viejo alzó la cabeza, sonrió y tendió la mano a Hermes.

— ¿Cómo estás, muchacho?

— A pesar de todo, hoy me siento feliz.

—¿Estabas con Celin cuando...?

— Sí. No puede imaginarse al susto que pasé. ¿Qué hace aquí?

— Me han dicho que espere.

— ¿Podremos verla?

— Creo que sí. La medicina de ahora es muy rápida. Siéntate, muchacho. Esperaremos juntos.

— Precisamente quería ir a hablar con usted a la Universidad, profesor — dijo Hermes, tomando asiento a su lado. Una bonita enfermera pasó ante ellos y los miró de reojo—. Usted y mi padre fueron grandes amigos.

— Sí, efectivamente. Hace muchos años que le trataba... ¡Tu padre era un gran hombre! Lástima que haya muerto de modo tan cruel.

— ¿No le dijo mi padre nunca que iba a morir?

— Sí, me llamó una tarde... Hace unos meses... Presentía su muerte.

— Creo que él sabía que iban á asesinarle.

Marduck miró a Hermes por encima de sus gafas metálicas.

— ¿Se puede presentir el asesinato?

— ¿Usted sabía lo que estaba haciendo mi padre? — replicó Hermes.

El viejo catedrático frunció los labios.

— Se dedicaba a la investigación... Mi laboratorio universitario había servido con frecuencia para sus análisis.

— ¿Y sabía usted que mi padre era adepto a la alquimia?

El rostro del profesor Marduck no se alteró en absoluto.

— ¿Adepto a la alquimia? ¡Bah, eso son paparruchas!

— Lo siento. Creí que estaría usted enterado.

— ¿Qué es la alquimia, hijo? Un balbuceo del hombre por conocer todo lo que ya sabemos sobre la materia, mezclado con simbolismos astrológicos, exorcismos, brujería y magia de charlatanes. Tu padre era demasiado sabio para perder el tiempo en esas tonterías.

— Tengo motivos para creer que mi padre transmutó metales e hizo oro — dijo Hermes, arrepintiéndose al segundo de haberlo dicho.

— ¿Y eso te asombra? ¿No eres licenciado en Ciencias Físicas? ¿Qué has estado haciendo en vez de estudiar, jovencito?

Hermes se ruborizó.

— Nadie me ha enseñado...

— ¿Y qué esperabas? Si esas cosas se enseñaran, arreglados estaríamos en la Universidad. Nadie estudiaría otra cosa que química. No habría médicos, ni ingenieros, ni abogados, ni arquitectos... No, hijo mío; eso no se enseña. Se aprende solo.

»Tu padre estaba dedicado a otras investigaciones mucho más serias. Y por ellas le he admirado. De no haber sido por ti, jamás habría hecho oro. Pensaba que tú podrías necesitarlo para disfrutar tu juventud.

» ¡ Ah, maravilloso Doc Burbidge! ¡Siento una pena muy honda por su muerte! Creo que se ha ido al otro mundo una parte de sí mismo. Últimamente, apenas si nos veíamos. Pero era rara la semana que no me llamaba por teléfono tres o cuatro veces... «Conrad, ¿qué reacción ejerce el ácido bórico sobre las partículas isotópicas del cadmio 60?» O «Conrad, ¿qué reacción ejerce el deuterio 3 sobre el arseniato de molibdeno?» Él ya lo sabía porque lo estaba experimentando, pero necesitaba conocer mi opinión. Yo le ayudé siempre que pude, aunque a veces me hacía bailar la cabeza... ¡Ah, mi viejo y sabio amigo! ¡Qué solo me ha dejado! Cuando uno pierde a alguien con quien ha compartido una vida, parece como si el vacío le envolviera. Sin él, ya no tiene aliciente mi vida.

Hermes estaba perplejo, mientras escuchaba al viejo profesor Marduck, al que los ácidos del laboratorio habían manchado de forma horrible los dedos. Y pensó en la importancia que daba todo el mundo a la riqueza, incluyendo al inspector Skillen, quien parecía saber bastante sobre alquimia. Cualquiera sería capaz de matar por obtener una fórmula útil para convertir el hierro en oro.

Sin embargo, el profesor Marduck hablaba de un modo extraño. Lo único que parecía echar de menos era a su viejo amigo. No parecía ambicionar riquezas, decía que la transmutación de los metales era algo que un buen químico debía conocer y parecía dar a entender que jamás había tenido intención de hacerse rico.

— Mi padre le dio un sobre lacrado para que me lo entregara, ¿verdad, profesor?

— Sí, me lo dio... Debe estar mezclado con los papeles de mi mesa. — Sonrió con picardía, mirando a Hermes —. No te preocupes. Jamás se me ha perdido nada. Ni siquiera dejo a Celin que toque en mi mesa. Sé dónde está todo... El sobre no te servirá de nada. Faltan otros tres. No sé lo que tu padre escribió en ellos, pero no debió hacerlo. Una persona sola guarda mejor un secreto que varios.

Un médico, vestido con una bata de color azul claro, se acercó en aquel instante.

— Ya puede usted pasar, profesor.

—Gracias, Nick.

Hermes se levantó a la vez que el profesor.

— ¿Viene usted con él? — preguntó el médico.

— Sí, Nick. Es Hermes Burbidge — aclaró Marduck.

— ¡ Ah, bien! Pero no la cansen mucho. Tiene que recuperarse.

— ¿Le han aplicado «deyamina», Nick?

— Sí, naturalmente.

— ¡ Ah, pronto estará bien! Celin significa mucho para mí. La quiero como a una hija. No es una de esas chicas modernas y descaradas que hay ahora...

Hermes tenía un concepto muy diferente de Celin Hayflick y sonrió al oír hablar a Conrad Marduck «recomendándole» a su secretaria. Evocó la escena del momento en que ella fue herida y la emoción le enervó. No era, desde luego, una chica moderna, como Martha Tubman... ¡Pero sabía mejor que ninguna de ellas cómo agradar a un hombre!

* * *

Celin Hayflick estaba tendida en el lecho de una pequeña habitación blanca cuando entraron los visitantes. Una enfermera le arreglaba la almohada, mientras un policía, en un rincón, leía una revista. Sólo levantó una vez la mirada, reconoció a Marduck y le saludó con la cabeza.

En cambio, la más viva alegría inundó el semblante de la enferma al ver a Hermes. Quiso alzar el brazo derecho, pero la enfermera se lo impidió.

— Ya sabe lo que ha dicho el doctor, señorita.

— ¿Cómo te encuentras? — preguntó Hermes, acercándose para besarla ligeramente en la mejilla—. He encargado que te traigan flores. Estarán aquí de un momento a otro.

— Gracias, Hermes... ¿Qué me ocurrió? Tú estabas conmigo.

— ¿No te lo han dicho?

—Un policía me ha interrogado hace una hora... Dijo que quisieron matarme.

— No, Celin; a ti no. Quisieron matarme a mí.

—¿A ti? ¿Por qué?

— Porque los Burbidge sobramos en este mundo. Parece ser que mi padre descubrió muchas cosas y alguien cree que yo no debo saberlas.

— No le hagas caso — dijo Conrad Marduck —. Bromea. Ahora, lo que debes hacer es reponerte pronto. No sé arreglarme sin ti en el laboratorio. Los chicos me lo revuelven todo.

— A propósito, profesor—dijo Hermes—. Creo que tendrá que buscarse usted otra ayudante.

—¿Eh?

— Voy a pedir a Celin que se case conmigo — dijo él, muy serio.
— ¡Oh!—exclamó la enferma.
— ¡De veras, Celin! ¿Quieres casarte conmigo?
— ¡Oh! Pero... Yo... Te dije que tu padre...—La emoción impidió a Celin seguir hablando.
La enfermera se vio obligada a intervenir. Hizo que Hermes saliera de la habitación.
— ¿Está usted loco? — le reprendió la enfermera—. Esas cosas no se le pueden decir a una chica que está en su situación.
— ¡Te quiero, Celin! — gritó Hermes, volviéndose desde la puerta.
— ¡Y yo también a ti! — respondió ella.
Marduck salió detrás de Hermes, después de haber besado a Celin en la mejilla. Se reunieron en el patio, y el profesor exclamó:
— ¡No entenderé nunca a los jóvenes! ¡No, no y no! ¿Cómo te has enamorado de ella, si apenas la conoces?
— ¡Ah, profesor; cosas del corazón! ¡Prefiero a Celin por encima de todas las mujeres del mundo! ¿Es un delito enamorarse de una chica nada más verla? Además, mi padre deseaba que se casara conmigo.
— No, delito no. Parece brujería. ¿Crees que tu padre no sabía la vida que llevabas en París? Pensó hacer que volvieras y acabaras los estudios a su lado. Pero temía contrariarte. Y lo que no pudo enseñarte a ti, se lo enseñó a Celin. Ella pasó muchos días con tu padre en el laboratorio de Burbidge House.
— Lo ignoraba.
— ¡Ah, qué impacientes sois los jóvenes! No has hecho más que llegar y ya quieres saberlo todo. Ten calma, muchacho. En nuestro trabajo hay que ser paciente, tranquilo, sosegado y metódico.
— ¿Sabe Celin lo que estaba haciendo mi padre?
— ¡Por supuesto!
—¿Encontró la piedra filosofal?
Marduck se detuvo en medio del pasillo y miró fijamente a Hermes.
— ¿Qué has dicho? — preguntó.
— Pues... Tengo motivos para creer que mi padre investigaba ese asunto.
— ¿Y qué crees tú que es la piedra filosofal? — preguntó el anciano profesor.
Hermes hizo una pausa antes de responder. Al fin, dijo:
— Quizá esté equivocado. No he dicho eso sin motivo. Parece ser que Celin lo ha visto.
— ¿Qué?
— El milagro de la alquimia.
— ¡Y dale con la alquimia! —masculló Marduck—. Tu padre no era alquimista. Esa palabra es un anacronismo. Fueron alquimistas, según la historia, todos aquellos que investigaron la verdad, tanto en el cielo

como en la tierra. Los filósofos, los pensadores, los investigadores.

»Hoy día, no se puede llamar, alquimista a un hombre que dedica su existencia a desentrañar los misterios del universo. Se le denomina científico. Vamos. Te llevaré a mi casa. Quiero entregarte ese sobre lacrado y enseñarte algo.

* * *

— ¿Qué crees que es esto? — preguntó Marduck, mostrando un frasco que contenía un líquido plateado.

— Parece mercurio.

— No lo es... Se trata de una amalgama de plata y estaño.

— Pero... ¡es imposible que estén en estado líquido!

— No lo es, puesto que lo tienes delante de tus ojos. Ni siquiera es una aleación, porque si lo fuera se encontraría en estado sólido. ¡Ah, cualquiera llamaría a esto obra de la alquimia! Y no lo es. Eso quedó atrás, en el pasado. Ahora, llamémosle química, física aplicada, atomística o disociación energética; no importa el nombre. La materia posee muchos estados físicos. Y éste es uno de ellos. ¿ Quién había de suponer hace veinte años, sin ir más lejos, que la plata podía hacerse líquida a la temperatura ambiente?

»Y te diré más. Esto se puede conseguir con todos los metales. Incluso podemos convertir los gases en líquidos y los líquidos en sólidos. ¿Que cómo lo he hecho?

»Yo me he limitado a mezclar adecuadamente los materiales idóneos, como podía hacerlo otro cualquiera, años atrás, o dentro de un siglo. Nada hay nuevo bajo el Sol, muchacho. En las entrañas de la Tierra, la naturaleza realizó estos prodigios antes de que el hombre viniera al mundo. Y en las rocas ha quedado escrito el secreto. Nosotros no hacemos más que observar, interpretar y descubrir.

»Ahora bien. Yo debería ir a una oficina de patentes y marcas y registrar, como descubrimiento o invención mía, la plata y el estaño líquido. Cualquier empresa industrial me daría una fortuna por esa fórmula... ¡Pero yo no puedo vender una fórmula que no me pertenece, que es de Dios, del hombre, de la tierra, del aire, de todos, que ha permanecido ahí, al alcance de cualquiera durante siglos! Eso sería como aprovecharse de la propiedad de los demás.

»Y eso es lo que quiero que comprendas, muchacho. El mundo ha sido una amalgama de pasiones desenfrenadas desde que el hombre tuvo uso de razón. Todos querían ser mejores, más ricos, más inteligentes. Y si todo esto se lograra sin esfuerzo, tanto mejor. Así quedaba más tiempo libre para dedicarse a gozar de los placeres de la vida, porque la vida se compone de alegría y tristeza, de bueno y de malo... Me entiendes, ¿verdad?

— Creo adivinar que usted también es un filósofo, profesor.

— A mi modo, lo soy. Yo no diré a mis alumnos cuál es la fórmula para transmutar los metales, pero les facilitaré los medios para que ellos lo consigan. Así, cada uno hará el uso que crea conveniente de sus conocimientos, porque sus decisiones recaerán sobre ellos mismos, en bien y en mal.

»La vida la entiendo yo como un camino, a cuya derecha tenemos el bien y la izquierda el mal. Vamos tropezando, dando bandazos a ambos lados, hasta llegar al final. Todos llegamos al mismo punto tarde o temprano, y todos podemos elegir el lado izquierdo o el derecho, la miel y la hiel. Y sin la izquierda no existiría la derecha. Creo conveniente conocer ambas orillas. Quien no conoce el mal no puede saber lo que es el bien, y viceversa.

«Nosotros labramos nuestro propio destino. Hay quien prefiere avanzar recto, sin ladearse, y pasar sin pena ni gloria por esta vida. Bueno, perfecto. Allá él con su conciencia.

— Entonces, simbólicamente, ¿ el cielo y el infierno están aquí?

—Están en nosotros mismos, Hermes Burbidge. Alguien mató a tu padre para arrebatarle algo de mucho valor. Ignoro si lo obtuvo o no. Pero disponer de algo tan valioso no es fácil. Pronto, lo bueno que había en tu padre se puede convertir en malo para el individuo que lo mató.

«Todo depende del uso que hagamos de las cosas. Ven, voy a darte el sobre que tu padre me confió.

Sobre la mesa de trabajo de Conrad Marduck reinaba el mayor desorden. Sin embargo, el profesor removió los papeles y encontró lo que buscaba: un sobre exactamente igual que los dos que Hermes ya poseía.

— El mío — dijo Marduck—. Otro lo tenía Mr. Roberts y el tercero estaba en poder de Mr. Tubman. Hay un cuarto. Tienes que buscarlo en el corazón de una mujer.

— Lo tiene Celin.

Marduck no se inmutó.

— Lo imaginaba. Una vez reunidos esos sobres, tendrás un talismán maravilloso en tus manos. Los abrirás y leerás lo que tu padre, mucho más sabio que yo, escribió para ti. Espero que no sufras una decepción.

* * *

Aquella tarde, cuando Hermes volvió a Burbidge House, se encontró al inspector Skillen esperándole en el salón.

— ¿Qué hace usted aquí, inspector?

— Esperarte, Hermes. Vamos al laboratorio de tu padre. Quiero que veas lo que he encontrado dentro del horno eléctrico.

— ¿Algo importante?

— Sí, mucho. Vamos.

Se dirigieron al laboratorio y una vez estuvieron dentro, el inspector

cerró la puerta con pestillo, para dirigirse acto seguido a donde estaba el homo eléctrico, cuya tapa abrió, mostrando las paredes refractarias de su interior. Introdujo la mano en el homo, presionó un ladrillo y extrajo una esfera, al parecer de cristal, que contenía un líquido rojo.

— ¿Qué es esto?—preguntó Hermes.

— Algo de mucho valor... Un elixir maravilloso y mágico, que muy pocos hombres en el mundo han logrado realizar. Y por si quieres mi opinión, no te fíes mucho de Conrad Marduck.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Como dicen algunos tontos, me entiendo y bailo solo, Hermes. Marduck no fue nunca más que un aprendiz de alquimista. Como él ha habido muchos en el transcurso de los siglos. Los fracasos le han hecho inclinarse mucho al lado izquierdo del camino de la vida...

— ¿Cómo sabe usted...?

— ¡Ah, Hermes! Soy policía y tengo espías en todas partes.

— ¿Ha colocado micrófonos en el laboratorio del profesor Marduck?

— Pudiera ser. Pero dejemos a ese viejo inútil. Yo sabía que tu padre era un genio. Marduck no lo ha sido, ni lo será jamás. En cambio, es catedrático. Tu padre renunció a la cátedra. Muy singular que tu madre muriese del mismo modo que iba a morir Celin Hayflick la semana pasada.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Estoy tratando de indicarte que Marduck era el hombre que conocía a tu padre desde su época de escolar. Eso únicamente.

— ¿Y cree usted que el profesor Marduck mató a mi padre?

— Pudo ser él, o Marcus Tubman, o Harry Roberts, o...

—¿Está seguro de saber lo que dice, inspector?

— Sí, estoy seguro. La investigación progresa aceleradamente. Pero hay alguien más.

— ¿Quién?

— Paul Kinkaid.

— ¿El esposo de Agatha?

— Sí.

— ¿Y qué tiene que ver la muerte de mi madre con todo esto?

— El caso que nos ocupa se inició entonces. Tu madre no murió de accidente, como te dijeron. Yo tengo los archivos. ¡Fue asesinada del mismo modo que querían matar a Celin Hayflick... colocándole cápsulas de arsénico en un recipiente con cloro!

Capítulo VII

EL POLICÍA

— ¿Y qué tiene que ver Paul Kinkaid con esto? — preguntó Hermes.

Skillen retrocedió hacia el homo eléctrico y dejó en su interior la esfera de cristal que contenía el líquido rojo. Una vez la hubo guardado, se volvió y dijo:

— Te haré un resumen. Paul Kinkaid tiene cuarenta y ocho años. Su esposa, Agatha, sólo algo más de treinta. Los Kinkaid, me refiero a la familia de Paul, hace años que viven en este lugar. Fueron ellos los que cedieron Burbidge House a tu padre, cuando dejó la universidad.

»Mr. Paul Kinkard ha vivido casi siempre en Inverkeithing, dedicado a los negocios. Trafica en todo lo que puede, incluso en metales preciosos. ¿Me vas comprendiendo?

«Además, me consta que conocía bien a tu madre, aunque ella fuese algunos años mayor que él. Eso es frecuente. Tu madre murió en un accidente de automóvil, cuando iba al mercado. Y fue Paul Kinkaid quien avisó a la policía del accidente. Las huellas de cloro y arsénico que se encontraron en el coche se atribuyeron a productos químicos que manejaba tu padre.

«Kinkaid culpó a un hombre de ser el causante indirecto del accidente. Un sujeto que, al parecer, había bebido unas copas de más aquella noche, pero que juró y perjuró que el coche de tu madre iba dando bandazos por la carretera cuando él la vio.

— ¿Y qué interés podía tener Paul Kinkaid en asesinar a mi madre?

— Sólo una cuestión pasional, supongo. Tu madre era hermosa y honesta. En cambio, Kinkaid es... Bueno, siempre ha sido un crápula. Por eso tiene la mujer que se merece.

«Agatha Kinkaid ha promovido varios escándalos en Inverkeithing. Se supuso que su marido se libraría de ella, y tal vez, hasta lo intentó. Pero si Agatha hubiese muerto, aunque fuera en accidente, nosotros hubiéramos investigado hasta el fin.

»Paul Kinkaid nos teme y es cauteloso. Trajo a su mujer aquí y la ha mantenido casi aislada.

— ¡ Alto, inspector! — exclamó Hermes —. Paul Kinkaid está en Londres desde anteayer. Me lo dijo Agatha.

— Eso es lo que ella cree. Sabemos que está por aquí. Por tanto, no lo descarto como sospechoso en el asesinato frustrado de Celin Hayflick.

»No, muchacho, Paul Kinkaid no se fue a Londres. Se lo dijo a su mujer, pero no lo hizo. La estuvo vigilando.

— Pero...

— Yo conozco bien a todos los personajes que intervienen en este asunto. Trabajo aprisa y no paso nada por alto. Al único que he descartado ya es a ti.

— Gracias. Es un honor.

—Pero no aseguro que Kinkaid haya matado a tu padre. ¿Me entiendes? Ni siquiera estoy seguro de que matase a tu madre hace veinte años. No afirmo nada. Sólo conjeturo.

— Acabará usted por volverme loco, inspector — confesó Hermes.

— No es ésa mi intención, muchacho. Tengo un especial interés por ti. Y por eso te vigilo con cuidado. Me interesa mucho todo lo que hacía tu padre y, como consecuencia, lo que puedes hacer tú.

— ¿Cree usted que debo continuar la labor emprendida por mi padre?

— ¡Naturalmente que sí! ¡Debes hacerlo sin perder más tiempo! Las instrucciones están en los sobres lacrados que tienes en tu poder.

— Desde luego, inspector Skillen; es usted sorprendente. Lo sabe todo.

— Es mí deber estar enterado.

— Pero se equivoca respecto a los sobres lacrados. No los tengo todos.

—¿No?

— No. Me falta uno.

— ¿Cuál?

— Uno que nadie sabe quién lo tiene.

— ¡Pero...! Tubman te dio uno; Roberts, el segundo; Celin, el tercero y Marduck te ha entregado el cuarto.

— Está visto que no se puede guardar un secreto con usted, inspector. Celin no me ha dado su sobre. No tuvo ocasión.

— ¡Ah!

En aquel instante, dentro de un cajón sonó el timbre del teléfono. Skillen hizo una seña a Hermes.

— Contesta antes de que lo hagan los criados en el salón.

Hermes abrió el cajón y tomó el auricular.

— Sí, dígame.

— ¿Hermes? Soy Agatha Kinkaid. ¿Puedo ir un momento a su casa? Tengo que hablar con usted.

— Pues... — Hermes tapó el micrófono y dijo a Skillen —: Agatha quiere verme.

— Está bien. Que venga — el inspector accedió de mala gana.

— De acuerdo, Agatha. La espero.

—Gracias, Hermes. Voy para allá.

El joven depositó el auricular en la horquilla y miró a Skillen, perplejo.

— ¿Qué querrá decirme?

— Debe sentirse sola y triste. Cualquier cosa que esa mujer pueda decir debe ser considerado, en principio, como interesante. Yo me quedaré aquí, esperándote. Tenemos que hablar de los cuatro sobres lacrados.

— ¿No tiene usted mucho interés por la piedra filosofal, inspector Skillen?—preguntó Hermes.

— No creo que esos sobres te revelen el secreto de la piedra filosofal. Pero sí habrá algo relacionado con la muerte de tu padre. Cuando él se decidió a hacer eso, es porque temía algo.

— Habremos de esperar a que Celin se reponga. No sé dónde esconde el sobre.

— Supongo —dijo Skillen, yendo hacia la puerta y descorriendo el pestillo — que debe guardarlo en las cajas de alquiler del banco de Escocia, en Inverkeithing. Celin ha ido allí varias veces. Yo traté de hallar la llave, pero no tuve suerte.

* * *

Agatha Kinkaid vestía un pequeño suéter rojo, casi una chaquetilla de punto, y una falda extremadamente corta, lo que le daba un aire muy juvenil.

Al entrar, Hermes la estaba esperando en el vestíbulo.

— Hola — saludó jovialmente.

—¿Qué tal?

— He leído en el periódico lo que ocurrió anoche en casa de la señorita Hayflick — empezó a decir Agatha.

— Sí, yo también lo he leído — replicó Hermes, muy serio.

— ¿Podemos hablar en privado? ¿Por qué no vamos a dar un paseo por el jardín?

— De acuerdo. Sospecho que no desea usted que nadie pueda oímos.

— Exacto. Es importante, Hermes.

— Bien, vamos.

Salieron al jardín. Uno de los agentes que vigilaban la casa se los quedó mirando, sin saber qué hacer. Luego, optó por permanecer donde estaba, mientras Hermes y Agatha se alejaban entre los eucaliptos.

— ¿Te ha extrañado mi llamada? — preguntó Agatha, asiéndose familiarmente al brazo de él.

— Sí, un poco.

— Lo que voy a decirte está relacionado, en cierto modo, contigo, con tu padre, con Celin Hayflick, y... tal vez con alguien más. Empezaré diciéndote que mi matrimonio con Paul ha sido un fracaso total. No somos el uno para el otro, porque nos separan muchos años. Sin embargo, admito que yo le forcé a casarse conmigo. Paul no es de esos hombres fáciles de conquistar y yo no era más que una artista de poca monta.

»Nos conocimos en una "boîte” de Edimburgo, hace ocho años. Le gusté, me lo dijo y yo preparé mis armas. Pronto averigüé que era rico y que me convenía. Por esto me reservé cuanto pude y aceptó casarse conmigo. Una mujer puede mucho, si se lo propone.

»Al principio todo fue bien. Nos instalamos en Inverkeithing y frecuentamos a los Tubman y otras familias. Paul es muy respetado. Voy a serte franca, Hermes. Sé que puedo serlo contigo porque hay nobleza en tus ojos, y entiendo algo de hombres.

»Cuando conocí a Stefan Tubman, me gustó. Flirteé un poco con él y Paul se enteró. La cosa no hubiese pasado de ahí. Sé cómo tratar a mi marido. Pero Stefan insistió en verme y... Bueno, Paul y Stefan discutieron. Entonces, Paul me trajo aquí, a este encierro. Mi más próximo vecino era tu padre.

— Todo eso ya lo sabía — contestó Hermes.

—¿Sabías que Paul amenazó con matar a Stefan Tubman si se acercaba por aquí?

— Es de suponer que lo dijera. ¿Por qué no os divorciasteis?

— Paul no está dispuesto a pagar lo que yo iba a pedirle. Prefiere más seguir a mi lado. Aparte de que todavía me quiere.

— Bueno, ¿qué es lo importante que quería decirme, Agatha?

— Pues... Creo que fue Paul quien disparó anoche contra Celin.

— ¿Cómo? ¿Qué le hace suponer eso?

— Paul dijo que se iba en viaje de negocios a Londres. Le preparé yo misma el equipaje y cerré la maleta. Paul tiene un arma en un cajón de su despacho. Una pistola automática, moderna, de cápsulas blindadas. ¿Para qué había de llevársela, si iba en viaje de negocios por unos días?

— ¿Se llevó el arma?

— Sí. Esta mañana, al leer el suceso en la prensa, imaginé cosas. Me dije que lo del viaje podía ser un pretexto para vigilarme. Ahora tiene celos de ti.

— ¡ Celos que yo no he provocado, Agatha! — se defendió Hermes vivamente.

— Lo sé. Dejemos eso. Cuando me enteré de lo ocurrido anoche, fui a su despacho y abrí el cajón con una ganzúa. El arma no estaba allí. Había desaparecido y sólo él pudo llevársela.

— ¿Y qué motivo podía tener su esposo para matar a Celin Hayflick?

—Ninguno. Pero sí podía tenerlo para matarte a ti.

— ¿A mí? ¿Por celos?

— Sí.

—¡Vamos, Agatha! Yo no he dado motivo...

— Tú no conoces a Paul. Está trastornado. Padece manías persecutorias. Últimamente me ha lanzado a la cara varias veces que deseo su muerte para apoderarme de su dinero.

— ¿Y no es verdad?

— No, Hermes, ¡ te lo aseguro!

— Pero te gustaría que Paul Kinkaid fuese arrestado por la policía, ¿verdad?

— ¡Yo no deseo seguir viviendo con un asesino!

— Celin no ha muerto.

— Pero intentaron matarla... ¡Y hasta creo que tu padre murió a manos de él!

— Ésa es una acusación muy grave, Agatha.

— ¡ Le creo capaz de todo por conseguir más dinero! ¡ Y tu padre era inmensamente rico!

Hermes se detuvo y, con las manos cruzadas a la espalda, examinó a la mujer que estaba con él de pies a cabeza.

— ¿Quiere ser sincera conmigo, Agatha?

— Sí.

— ¿Por qué me dice todo esto? ¿No sabe que la policía está todavía en mi casa? ¿Quiere que se lo cuente al inspector Skillen?

Agatha se estrujó nerviosamente las manos.

— No les digas nada, por favor. Ya he hablado con el inspector Skillen. Tengo miedo de ese hombre.

— Es muy sagaz.

— No lo dudo. Pero siento escalofríos al verle. — Agatha miró en torno suyo, entre los árboles. Luego se acercó a Hermes y le acarició el pecho—. Estoy angustiada, Hermes. No tengo nadie en quien confiar. Y tenía que decírselo a alguien.

— Ya lo ha hecho, Agatha. Ahora, será mejor que vuelva a su casa. Si su marido no está en Londres y la vigila, puedo recibir un balazo por la espalda. ¿Solucionaría eso sus problemas?

— ¡Eres odioso, Hermes! ¡Yo te quiero! ¿Por qué no lo abandonamos todo y nos vamos lejos de este lugar maldito?

Hermes se desprendió de las manos de ella y retrocedió.

— No, Agatha. Yo no la quiero a usted.

— ¡Yo tampoco quería a Paul y, en cambio...!

—No es lo mismo. Lo siento. Agradezco su confidencia. Se lo diré a Skillen. Si su marido es culpable, será arrestado y quedará usted libre. Pero no debemos volver a vernos. Quiero a otra mujer.

— ¿A Celin Hayflick?

— Sí.

— ¡ No es digna de ti!

—¿Qué quieres decir?

— Esa chica... ¡es frívola, coqueta, descarada...!

— ¡ Basta, Agatha; ya está bien! ¡ No sabe lo que dice! Esta entrevista ha terminado.

— ¡No, Hermes; sé que Celin y Stefan Tubman...! La mirada incendiaria de Hermes asustó a Agatha, quien se mordió los labios y

retrocedió atemorizada.

Antes de que ella pudiera impedirlo, él dio media vuelta y regresó.

* * *

— ¿Qué quería la ex cantante? — preguntó Skillen, cuando Hermes regresó al laboratorio.

— Estoy sofocado. Debe suponer usted que las mujeres no me impresionan. No he sido precisamente un santo. Pero esa mujer está loca. Ha acusado a su esposo de haber querido matarme anoche, en casa de Celin. Ha dicho...

— Sigue, muchacho — apremió Skillen, cuando Hermes se detuvo.

— Ha dicho que tuvo un devaneo con Stefan Tubman y que éste le confesó haber amado a Celin.

— Que Agatha Kinkaid y Stefan Tubman fueron más que amigos, lo sé. Pero Celin Hayflick nada tuvo que ver con ellos.

— ¿Está usted seguro, inspector?

Skillen alzó la mano derecha.

— Estoy seguro. Y ahora te diré algo que nadie sabe. Fui enviado aquí por el gobierno. Misión: velar por las investigaciones de Doc Burbidge. Pertenezco a la policía de Glasgow, pero soy oficial del Gabinete de Análisis Químicos.

»El Gobierno de Su Majestad sabe, desde hace años, que Doc Burbidge estaba transmutando los metales. Eso es muy serio para una nación. Si se crea demasiada riqueza en un país, puede producirse un desajuste financiero.

»Vine aquí y hablé con tu padre. Cien millones de libras. Nada más. Él sonrió y creó esa riqueza. El resto son intereses de las inversiones que hace Marcus Tubman. Tu padre y yo nos hicimos amigos.

»Yo también entiendo de esto. Pero el oro no me tienta. La economía del país no peligra por cien millones más o menos. Es riqueza legal. Tubman paga impuestos.

«Nosotros queríamos algo más. Y lo obtuvimos... Bueno, lo obtuvo tu padre. Me llamó por teléfono una noche y me dijo: «Inspector, ya lo tengo en la mano... ¡Lo he logrado!»

Como Skillen se calló, emocionado, Hermes apremió:

— ¡Siga! ¿Qué había logrado?

— Algo que hemos dado en llamar la piedra filosofal, y que yo debí venir a buscar y poner en lugar seguro. No lo hice y por eso murió tu padre.

— Pero ¿usted sabía...?

— Te repito que yo estaba aquí por encargo del gobierno.

— ¿Y quién tiene la piedra?

— La persona que lo mató. Y no puede ser sacada del país. Todo está igual. Nadie se mueve, excepto Kinkaid, que ya está detenido, por

intento de asesinato. Efectivamente, lo que te ha dicho Agatha Kinkaid es cierto. Fue su marido quien disparó contra ti, ¡y no contra Celin!, anoche. Él quería eliminarte a ti. Teme que le arrebates a Agatha.

— ¡ Pero ese hombre está loco!

— Un poco, sí — admitió Skillen con un gesto de impotencia—. Y todo es porque no quiere aceptar el divorcio y pagar a su esposa una indemnización. En el fondo, sospecho, está ciego por ella y no desea que nadie se la quite.

»Fingió irse en viaje de negocios. Pero no pasó de Edimburgo. Estuvo espiando. Vio venir aquí a Agatha y enfureció. Luego te siguió. Pensó que matándote se solucionaba todo. Y trató de hacerlo. Pero tuvo mala suerte y alcanzó a Celin.

»Ahora está aplanado y hundido. Sabe que unos años de cárcel no se los quita nadie. Agatha puede beneficiarse mucho de esto.

— ¿Y no pudo ser Kinkaid quien matara a mi padre?

— No. Ése es un asunto distinto.

— ¿En qué se funda para decirlo?

— Muy sencillo. El hombre que mató a tu padre posee la piedra. Con ella sabe más que nosotros. La piedra es algo maravilloso. Basta disolver un trocito en agua y tomarlo. La lucidez mental que confiere es increíble. El pensamiento se agiganta, se transmutan las ideas, se capta el mundo, se comprende, se sabe.

»El que posee la piedra es capaz de poseerlo todo, ¡incluso la impunidad, porque está por encima de todos nuestros servicios de vigilancia e investigación!

»La piedra filosofal es un talismán mágico que nos abre de par en par todos los secretos del universo, de la mente, del más allá. Es como una droga que aclara y despeja nuestros sentidos embotados... ¡Es la manzana prohibida! ¿Comprendes?

— ¿Y eso lo tiene... el hombre que mató a mi padre?

— Sí. Por eso le mató. Para arrebatárselo... Y nosotros no podemos saber quién lo hizo, porque su poder es total, extraordinario... ¡El asesino de tu padre es ahora un hombre inmensamente sabio!

— ¡Dios mío! —exclamó Hermes.

Capítulo VIII

EL CUARTO SOBRE

— ¿Por qué a estas horas, inspector? — preguntó Hermes, mientras cruzaban el puente sobre la bahía de Edimburgo, a altas horas de la noche, camino del hospital Luther Martin.

— Porque a estas horas hasta los cerebros privilegiados están durmiendo. Y lo que nos proponemos hacer es, simple y llanamente, retar al diablo.

— Yo no creo en que el poder de ese hombre sea tanto.

— ¿No? Tu padre me aseguró que bajo la influencia del elixir, el dominio de la mente abarca dimensiones insospechadas. Confío, sin embargo, que nuestro genio maléfico no esté siempre en estado de superconciencia.

»En cuanto descubra que estamos sobre su pista, nos eliminará con la única fuerza de su poderosa mente.

— ¿Y por qué no lo ha hecho ya? Sabe que usted investiga.

— Sí, pero también sabe qué no conseguiré nada, si él no quiere.

— ¿Entonces...?

— Hemos de actuar así. Esos sobres pueden contener la fórmula que buscamos. Y no debe ser difícil conseguir la Gran Obra utilizando el líquido rojo del horno.

«Celin nos tiene que entregar el cuarto sobre. Nosotros hemos de trabajar a marchas forzadas, tratar de obtener el elixir y situamos a la altura del asesino. Entonces, sí que podemos desenmascararlo y vencerlo, puesto que seremos igual que él.

Hermes, que conducía el «Conway», sonrió en la oscuridad.

— ¡Qué felices se las promete usted, inspector!

— Soñar no cuesta nada, aunque sea despierto.

Minutos más tarde, el «Conway» se detenía ante la entrada del garaje automático del hospital Luther Martin, donde un empleado se hizo cargo del vehículo, mientras que Hermes y Skillen tomaban un ascensor para subir hasta el piso en donde se encontraba la estancia ocupada por Celin Hayflick.

Un agente de policía montaba guardia ante la puerta. Saludó a Skillen y dijo:

— La señorita Hayflick está durmiendo. Los médicos han dado orden de no molestarla.

— Pues lo siento mucho — replicó el inspector—. Hermes Burbidge va a hacer todo lo contrario.

Hermes entró en la sala a oscuras. Vio a Celin en el lecho, dormida, gracias a la luz que entraba por la puerta abierta del pasillo. Se acercó a

ella y se inclinó sobre su rostro.

Como si presintiera la presencia de él, Celin se agitó y abrió los ojos.

— ¡Hermes!—exclamó—. ¿Qué haces aquí?

— Necesitaba verte. El inspector Skillen me ha facilitado los medios.

Celin echó los brazos al cuello de él, sonriendo.

— ¿Es posible que haya estado muerta, Hermes?

— No, nadie muere hasta que Dios no lo quiere. Tu vida fue suspendida. Pero ya han detenido al culpable.

— ¿ Quién fue?

— Paul Kinkaid. No quiso herirte a ti, sino a mí.

— ¿A ti, mi vida? ¿Por qué?

— Por cosas que no podemos comprender muy bien... ¡Celos!

— ¿Le diste motivos?

— No. Pero él es un hombre extraño.

— No le conozco muy bien. Sólo le he visto algunas veces. Su mujer es muy guapa, sin duda.

Hermes sonrió.

— Pero no es feliz. Dejemos eso, Celin. He venido para que me entregues el sobre lacrado que te confió mi padre.

— ¿ Ahora?

— Es urgente. Lo necesitamos para descubrir quién mató a mi padre.

Hermes vio fruncirse los labios de la joven.

— Iba a dártelo ayer... Tu padre me lo dio para... Bueno, yo no quiero forzar tus sentimientos...

— ¡Cariño mío! Te quiero más que a nadie. Mi padre no pudo elegir criatura más dulce para mí. De no haberlo hecho él, lo hubiese hecho yo.

Celin sonrió y se dejó besar en los labios.

— El sobre está en una caja fuerte, en el banco de Escocia. Tengo la llave escondida en una maceta del laboratorio de la Universidad... Es una planta exótica... ¿Y por qué a estas horas?

— Skillen tiene motivos para hacer las cosas así. Ya te lo explicaré. Mi padre fue muerto por el que ahora posee la piedra filosofal.

— ¡No, Hermes; eso no es cierto!

— ¿Qué dices?

— ¡La piedra filosofal la tengo yo!

La luz se encendió en el cuarto. Skillen, ahora empuñando una pistola de gas, transformado el rostro, estaba en la puerta, encañonando a Hermes.

— Déjala y vámonos — ordenó el policía.

— Pero...

— ¡Vamos, sal de ahí! ¡Cooper, sujétala!

El agente de guardia entró y empujó a Hermes. Celin iba a gritar, pero el hombre le tapó la boca.

— ¿Qué significa esto, Skillen?

— No hagas preguntas, muchacho. Tienes que venir conmigo de buen o mal grado.

— ¡Usted me ha engañado!

— Tal vez... Vamos, fuera o disparo.

La amenaza no era fingida. Skillen estaba dispuesto a lanzar sobre Hermes un chorro de gas que podía ser letárgico o mortal. Hermes no tuvo más remedio que dirigirse a la salida, mientras el agente dominaba a Celin.

Siempre encañonado por Skillen, Hermes se dirigió al ascensor. Entró en la cabina y Skillen se situó a su lado.

— No intentes nada, Hermes Burbidge. Si me das un motivo, te dejo muerto aquí mismo. Un chorro de gas letal es suficiente. Yo estoy protegido.

— ¿Qué es lo que pretende?

— Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora, pórtate con naturalidad. Vamos a ir a buscar la llave de la caja del banco. Ya sabemos dónde está. Era eso lo que buscaba. Pero no creí ser tan afortunado... ¡Resulta que el elixir lo tiene Celin también!

— ¿No dijo usted que lo había robado el asesino?

— Yo digo muchas cosas, y no todas son ciertas. No dudo que pronto lo sepas todo.

El ascensor les dejó en la planta baja. Desde allí se trasladaron al garaje, donde el empleado les devolvió el coche. Una vez en él, Skillen ordenó:

— Ahora iremos a la Universidad. Ya conoces el camino.

* * *

Skillen iba preparado para todo. Utilizó llaves falsas, abrió las puertas y, llevando siempre a Hermes delante de sí, encañonado, penetró en el laboratorio de química, en cuya puerta aparecía el nombre del profesor Marduck.

La linterna de Skillen alumbrado el lugar, descubriendo, junto a una ventana, las macetas que Celin había cuidado para embellecer el laboratorio.

— Remueve la tierra de esas macetas, Hermes — ordenó Skillen—. Primero ésa, de aspecto tropical.

Hermes, siempre conminado por el arma, alcanzó la maceta señalada y hurgó en la tierra blanda, hasta que sus dedos tropezaron con una bolsita de plástico, en cuyo interior había una complicada llave de seguridad.

— Aquí está.

— Dámela — ordenó Skillen con expresión anhelante.

Hermes avanzó hacia el inspector, con el objeto en la mano. Pero

cuando iba a dárselo, se ladeó violentamente y lanzó el puño contra el mentón del otro, mientras que ladeaba el arma.

Skillen, alcanzado de lleno por el terrible derechazo, se tambaleó. No esperaba una reacción tan contundente y fortísima. Por unos segundos, su mente quedó en blanco. Y fue suficiente para que Hermes le arrebatase el arma y le atenazase del cuello.

— ¡Ahora vamos a conversar usted y yo, inspector! ¿Qué significa esto?

Skillen, sacudiendo la cabeza aún, no replicó.

— ¿No me ha oído? ¿Qué es lo que se propone? ¿ Qué pretende?

— Tomar medidas de seguridad... Has hecho mal, Hermes Burbidge.

— ¿Por qué? Sospecho que usted quiere el elixir para su propio beneficio. ¿Me equivoco?

— No sabes lo que dices. Yo creí que lo tendría el hombre que mató a tu padre. Y por eso debía actuar así. Pero Celin ha dicho que lo guarda ella.

— ¿Y le extraña?

— No. En realidad, yo buscaba los cuatro sobres para obtener con ellos la fórmula de la piedra filosofal.

— ¿Y le envió realmente el gobierno?

— Sí, por eso tomo tantas precauciones.

— Eso vamos a verlo ahora mismo, porque vendrá usted conmigo al departamento de Policía. Creo que es un inspector desleal que utiliza el cargo en provecho propio.

— Haz lo que quieras, muchacho. Vamos donde te parezca. Eres demasiado joven e impulsivo.

— Pues en marcha. Ahora le vigilaré yo... ¡Usted conducirá mi coche directamente hacia el departamento de Policía!

Salieron del laboratorio. Skillen iba delante, cabizbajo. Se encaminaron hacia donde estaba el «Conway». Pero, de pronto, dos sombras surgieron de la oscuridad, saltando sobre la espalda de Hermes, quién sólo atinó a golpear con el codo, antes de caer abatido por un terrible golpe en la nuca.

— Muy oportunos, muchachos — fue lo último que oyó decir Hermes, antes de perder el sentido.

* * *

Se recobró paulatinamente en el salón de su propia casa, horas más tarde, cuando todavía no era de día. Vio a los dos agentes que le habían estado siguiendo a todas partes, sentados en sendas butacas. Uno leía un periódico y el otro le observaba fijamente.

Jerry, el camarero-jardinero, entró con una bandeja, tazas, cafetera y azucarero.

— Esto nos sentará bien — dijo uno de los agentes—. ¿Quiere tomar

una taza de café, señor Burbidge?

Fue entonces cuando Hermes se dio cuenta que tenía las manos y los pies esposados.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está el inspector Skillen? — preguntó Hermes—. ¿Por qué me tienen así? ¡Exijo que me desaten inmediatamente y me lleven al departamento de Policía a ver al Comisionado!

— Tranquilícese, señor Burbidge — dijo uno de los agentes—. El inspector Skillen no tardará en llegar.

— ¡Ese hombres es un farsante!

— Bueno, ¡si usted lo dice!

— ¡Llame a la policía, Jerry!

— Lo siento, señor Burbidge — replicó el criado—. Yo también pertenezco al cuerpo de policía.

— ¿Usted?

— Y Mary también. Sólo la cocinera fue enviada

por la agencia.

— Pero ¿ por qué? ¿ A qué viene todo esto?

— Obedecemos órdenes superiores, señor Burbidge. Lo siento. No puedo decirle nada más.

— Gracias, Jerry—dijo uno de los agentes, tomando la taza de café que le sirvió el falso criado—. ¿Lo has hecho tú?

— Sí, sargento Slater. Yo mismo.

— Huele muy bien — El hombre consultó su reloj y añadió—. Aún tenemos que esperar por lo menos tres horas.

— ¡Esto debe ser una encerrona! ¡Si ustedes son de la policía, el inspector Skillen les ha burlado, abusando de su cargo, para su lucro personal! ¿Saben ustedes lo que persigue?

— No — dijo el sargento Slater—. Díganoslo usted.

— ¡Mi padre descubrió un elixir extraordinario, capaz de convertir a un hombre en un genio! ¡Y Skillen lo quiere para sí!

— ¡Qué bien! —se burló el sargento—. ¿Y ese elixir que propiedades tienes, además de convertir a un hombre en un genio? ¿Puede uno adivinar el resultado de las carreras de caballos antes de cerrar las taquillas de las apuestas?

Su compañero sonrió y añadió:

— Oye, un elixir así debe ser maravilloso, Se queda uno todo el día en casa y el jefe de pagaduría le manda la nómina a final de mes, con aumentos...

— ¡No se burlen! ¡Están siendo víctimas de una confabulación!

— Vamos, joven; ¿nos toma por tontos? Conocemos a Skillen desde hace años. No hemos nacido hoy. Usted quédese ahí quieto y calle. Todo irá mejor.

»El inspector vendrá a las diez de la mañana.

Hermes se mordió los labios. También miró su reloj. Faltaban diez minutos para las siete.

— ¿Quiere tomar algo, señor Burbidge? — preguntó Jerry.

— ¡Váyanse todos al diablo! —exclamó Hermes, encerrándose en un hosco mutismo que duró varias horas.

Durante aquel tiempo, los agentes entraron y salieron. Respondieron con monosílabos a una llamada telefónica, leyeron, se pasearon y hasta dijeron nimiedades.

Al fin, sin poderse contener más tiempo, Hermes se dirigió al sargento Slater y le preguntó:

— ¿ Y si el inspector Skillen desaparece con su precioso elixir y no le ven más el pelo?

— Pues si tiene en su poder ese talismán tan preciado, yo creo que hará muy bien. Un superhombre puede llegar a ser jefe de policía de la nación, y más, si se lo propone, ¿verdad, Joe?

— Verdad, sargento.

El primer decepcionado fue Hermes, cuando, a las diez menos unos minutos, un coche se detuvo ante la finca. Poco después, un ojeroso Skillen entró en el salón. Su primer gesto fue mostrar a Hermes un sobre lacrado, exactamente igual que los que ya tenía en su poder. Luego extrajo una cajita del bolsillo.

— ¡Aquí está la piedra filosofal, Hermes Burbidge!

— ¿Por qué no se echa un trago, a ver si revienta?

— No. Ahora vamos a reunir los cuatro sobres. Quiero saber lo que escribió tu padre con tanto secreto. Sargento, traiga el maletín que hay en la habitación de Hermes.

Slater salió, mientras Skillen añadía:

— Quítale las esposas, Joe.

— ¿Es usted policía o no? — preguntó Hermes, casi gritando.

— Lo soy.

— Entonces, ¿por qué ha hecho esto?

— Porque era necesario. Y he hecho otras muchas cosas. Si todo lo que suponemos es cierto, permanecerás aquí, sin salir, durante varios días, mientras yo voy a Londres a informar. Todo es así de sencillo.

— ¿Y para llegar a esto tenía que amenazarme, sobresaltar a Celin, amenazarme de muerte y arrestarme?

— Sí. No quiero cometer errores... Un error costó la vida a tu padre. Ahora, tu vida corre más peligro que nunca. Pero ya no temo a los supergenios, porque he llegado al final del caso. Si he ordenado esposarte es porque temo tu impetuosidad. Si te escaparas, podrías salir muy perjudicado.

Slater regresó con el maletín. Lo abrió sobre una mesita, mientras Hermes se frotaba las muñecas, ya libre.

— Bien, aquí tenemos los sobres... Con tu permiso, y en tu presencia,



vamos a proceder a abrirlos. Aquí está la clave de todo o presento mi dimisión.

Capítulo IX

INCREÍBLE REVELACIÓN

Incluso Mary, la doncella, estaba presente en la reunión que tuvo lugar en el salón, cuando el inspector Skillen procedió a abrir los sobres y a sacar las hojas de papel que contenían. Eran cuatro y estaban escritas con una tinta roja, extraña y fosforescente.

Fue Skillen quien miró primero al inquieto Hermes, para luego, con los cuatro pliegos en la mano, empezar a leer.

«Burbidge House, 11 de abril de 1991»

Querido hijo:

Supongo que ya habrás leído mi testamento, que Celin Hayflick te habrá explicado toda la verdad y que te preguntarás por qué he decidido poner fin a mi vida.

Sólo Hermes dejó escapar un jadeo al escuchar esto. Skillen continuó leyendo, impasible:

»Es preciso, hijo mío. He hecho descubrimientos tan importantes en el campo de la química, que yo mismo temo al pensar en las consecuencias de mi propia obra.

»Nadie, que yo sepa, logró llegar tan lejos siguiendo los pasos de los antiguos alquimistas. Yo he descubierto algo que los hombres no deben saber hasta dentro de tres o cuatro mil años. Lo siento. Lo he hecho sin darme cuenta.

«Trabajé por ello durante toda mi vida. Y ahora debo sacrificarme, para que este hallazgo mío no caiga en manos extrañas. Tampoco deseo que se pierda del todo. Y por eso te he dejado algunos de los ingredientes esenciales para que alguien pueda hacer lo mismo que yo, cuando la humanidad sea distinta a como es ahora.

«Dentro del homo eléctrico del laboratorio hallarás un frasco herméticamente cerrado, que contiene un líquido rojo, cuya fórmula hallarás tú mismo con ayuda de Celin Hayflick o del profesor Marduck.

»Otro frasco lo guarda Celin en lugar seguro. Se trata de un líquido de color ambarino, que no debe ser expuesto jamás a los rayos del sol, para lo cual está debidamente protegido.

«Falta un tercer frasco, que destruí no hace mucho, después de realizar las pruebas que me hubiesen convertido en un ser de otro mundo. Y nadie puede dejar de ser humano, porque quien posea el poder de los hombres del futuro, del más allá, del saber absoluto, se convierte en enemigo de la humanidad.

«Yo no quiero que tú seas un engendro, querido hijo. Por esto rompí parte de mi obra y avisé al gobierno, para que garantizara la seguridad de mi trabajo. Si lo que yo he hecho cae en manos de desaprensivos, el

caos más horrendo se abatirá sobre nuestro ya, por desdicha, insensato y desquiciado mundo.

»No quiero decir que se convierta uno en todopoderoso, como Dios, porque eso es imposible, ya que Él es superior a todo lo creado. Pero sí se hará extraordinariamente superior al resto de los hombres.

»El que tome el elixir que he descubierto poseerá clarividencia, poderes extrasensoriales, telepatía, dominio mental increíble, poder sobre la muerte, sobre las enfermedades, sobre la riqueza y sobre todos los demás.

»Es preciso destruir mi obra y que yo muera para que nadie pueda arrancarme la verdad. Así lo creí conveniente y así lo haré cuando llegue el momento. Pero mi obra no puede perderse del todo. El gobierno guardará las dos partes esenciales que he dejado y que creo son las más fáciles de conseguir, pero no están al alcance de cualquiera.

«La otra parte habrás de hallarla tú. Dedicarás a ello tu vida. Tienes dinero suficiente para vivir. Y cuando la obtengas, si es que lo logras, la destruirás, como hice yo, a menos que la humanidad, cosa que no creo, haya entrado en una etapa distinta a la actual y la comprensión reine entre todos los hombres.

«Ésa será tu labor y la de tus hijos, y la de tus nietos, hasta que el mundo pueda utilizar la fórmula de la filosofía. Investigar y destruir, ¡y, si es preciso, saber morir, como yo sabré, para que siempre esté el secreto en buenas manos! Y todo cuanto hagas con este fin, te será premiado en el Más Allá, y si no lo haces, te condenarás.

«Obedece a tu padre, hijo mío. Cásate con Celin Hayflick, deja ya tu vida vana e inútil y forma un hogar. Ella te dará hijos sanos. Ten mucha familia, para que entre tus descendientes haya hombres suficientes para continuar la obra. Y transmite a tus hijos la misma consigna que yo ahora te doy.

»Adiós, hijo mío. Tu madre y yo, desde el cielo, te lo agradeceremos».

—Firma Doc Burbidge — terminó el inspector Skillen solemnemente.

— ¿No lo mataron? — fue lo primero que acertó a decir Hermes.

— No, muchacho.

— ¿Y usted lo sabía?

— Desde el primer día. Tu padre se golpeó al caer contra el suelo. Pero su muerte fue debida a un veneno que él mismo tomó voluntariamente al saber que ibas a volver.

— ¡No, no es posible! ¡Él no podía hacer eso!

— Creo que las razones que tenía para hacerlo están suficientemente claras, Hermes Burbidge. Y ahora, si quieres venir al departamento de policía, puedes hacerlo. Esto es lo que había en la caja de seguridad de Celin Hayflick. Y esto es lo que tu padre quiere que conserve el gobierno, que destruya o que haga, lo que crea conveniente.

»Desde luego, tu padre tenía razón. Esto no puede estar en manos de los hombres.

— ¡Increíble! ¡Increíble! —no dejaba de exclamar Hermes.

— Pero cierto.

— ¿Y por qué? ¿A qué ha venido toda esa historia de su asesinato?

— Tenía el único y exclusivo objeto de obtener estos cuatro sobres. Nosotros no podíamos correr riesgos. Ya sabes cuál es la voluntad de tu padre. Debes cumplirla, o la ley te la hará cumplir. El gobierno está enterado de esto y el Ministerio del Interior me dio órdenes estrictas y severas. Estos hombres que están aquí lo atestiguan.

Hermes miró en tomo suyo. El sargento Slater estaba serio, igual que los demás. Nadie hablaba.

— El informe del caso será archivado y guardado en lugar secreto por altos funcionarios del gobierno. Nadie podrá abrirlo hasta pasados algunos miles de años, si es que la humanidad continua aun existiendo.

»Pero nadie puede privar a nuestros descendientes del bienestar que, a su día, puede proporcionar a todos los descubrimientos anticipados de tu padre.

»Por eso tú seguirás los pasos de tu padre hasta que logres descubrir lo mismo que él. Entonces, será destruido igualmente por las razones expresadas aquí, a menos que la conciencia humana haya cambiado. Y tus hijos seguirán el mismo camino que tú.

— ¿Así lo quiere el gobierno?

— Y así lo quiere también tu padre.

— Pero... ¡ustedes están enterados del secreto!

— Nosotros somos funcionarios públicos y cumplimos órdenes. No hay peligro que podamos encontrar el tercer frasco. No creo que ninguno de los aquí presentes, ni renunciando al cargo, poniéndose de acuerdo con químicos o haciendo lo que su juicio les aconseje, logren reunir las tres piezas claves que tu padre reunió. En realidad, se viene investigando en esto desde los tiempos del rey Salomón. Ignoramos si alguien lo descubrió y vive oculto, dejando pasar los años sobre su prolongada vida, en el secreto.

»Es posible que sí y es posible que no. Lo ignoramos. De lo que estamos seguros es de que tu padre lo descubrió y se hicieron las pruebas en él mismo, lo que nos dijo nos dejó aterrados. No es fantasía, Hermes. Yo estaba presente. Tu padre hizo surgir el rayo en una noche estrellada, soportó miles de voltios con la mano, resolvió problemas matemáticos insolubles, leyó el pensamiento a todos los presentes, nos explicó lo que estaba ocurriendo en distintas partes del mundo y habló de un porvenir inmediato, que se cumplió hasta en los más mínimos detalles.

»El mismo se asustó de ello y destruyó su obra. Luego, se destruyó a sí mismo.

— ¿Y no pudieron ustedes evitarlo?

— No. Así fue decidido. Lo demás fue preparado por nosotros para que diera el resultado que ha dado. Hechos y no fracasos.

— ¡Es absurdo! ¡Celin estuvo a punto de morir! ¡Todo se podía haber malogrado!

— Sí, no contamos con Paul Kinkaid. Eso es cierto— admitió Skillen.

— ¿Y la historia del teléfono, del atentado de Celin, de la muerte de mi madre?

— Fue preparado para crear ambiente. Tenías que hallar los cuatro sobres y fijarte en Celin. Tu padre y nosotros queremos que sea la compañera de tu vida, y no por imposición paterna, sino por altas razones humanitarias. La labor de tu padre no debe interrumpirse. Ella está tan preparada como tú para la investigación. La humanidad no corre el riesgo de perder la fórmula, sabiendo que existe y que sólo falta hallarla.

»Nadie tiene prisa. No estamos trabajando para ahora, sino para un lejano porvenir. Esto es lo esencial. Así lo quiere el gobierno de la nación. Era necesario aceptar la muerte de tu padre o correr el riesgo de que, por tortura, violencia o extorsión, alguien quisiera obligarle a revelar la fórmula.

»Su muerte nos aliviaba a todos. Él la aceptó dignamente y se quitó la vida cuando supo que ibas a venir, temiendo que tú pudieras hacerle cambiar de propósito. Un sublime y sagrado sacrificio que ahora no puedes comprender en todo su verdadero alcance, pero que, a medida que pasen los años, irás comprendiendo mejor.

»Ahora, sólo nos queda pedirte disculpas por todo cuanto hemos hecho. Creemos que era necesario hacerlo así, por el bien de todos. No hubo asesinato, ni publicidad, ni misterio, salvo la insensatez de los celos de Paul Kinkaid, que sólo han beneficiado a su frívola esposa.

»Habría sido una lástima si Celin Hayflick muere. Pero el inspector Willowy actuó a tiempo, advertido por mí...

— Pero si usted sabía todo lo referente a los sobres, ¿a qué la absurda comedia de anoche, mi detención, violencia y todo lo demás?

— Yo conocía la existencia de los sobres, pero no los había leído. Tenía que asegurarme de que tu padre cumplió su pacto con el gobierno. No es que desconfiásemos de él, sino que no podía quedar nada al azar.

»Ignorábamos lo que decían estos pliegos. Y por ello los he leído yo. Sé que no hay nada más. Sólo el trabajo que tu padre te recomienda.

»Puedes obedecerle o no. Eso es cosa tuya y de tu conciencia. Pero defendiendo los derechos de la humanidad, nosotros no podíamos dejar nada al azar.

»En cuanto Celin dijo donde estaba el sobre, tenía que sacarte de allí a toda prisa.

— ¿Por qué?

— ¿Sabes si se ha cometido alguna indiscreción? ¿Sabes si hay algo, bien organizado, que esté sobre nuestras actividades? ¿Podemos dejar algo al azar en negocio de tanta responsabilidad? Se me confió este importante trabajo y tenía que terminarlo. Ya está hecho. Sé que en esos escritos, dirigidos exclusivamente a ti, no hay nada más. Pero los examinaremos en nuestros laboratorios y luego te los devolveremos.

— ¿Y era necesario golpearme?

— Tú lo hiciste primero — se defendió Skillen—. Yo sólo quería sacarte del hospital y de la universidad cuanto antes. Por eso te traje aquí.

— Entonces, ¿se llevan esas muestras?

— Sí. Pero estás autorizado para analizarlas. No se te permite, empero, escribir la fórmula. Deberás retenerla en la memoria. En cuanto al tercer ingrediente que falta, nadie tiene la menor idea de lo que se trata... ¡Ni siquiera el profesor Marduck!

* * *

Por vez primera, Hermes se quedó solo con la señora Cough, la cocinera. Estaba demasiado abatido, inquieto y excitado, para poder pensar con cordura en todo lo ocurrido.

— Todo ha sido una farsa cruel y dramática — se dijo Hermes—. Y la víctima he sido yo... ¿Qué habría podido ocurrir si Paul Kinkaid me mata y no logran reavivarme? ¿Es esto parte de un plan hábilmente trazado por las fuerzas de seguridad?

»Y, por otro lado, ¿ es justo haber hecho las cosas así? ¿Por qué tenía que sacrificarse mi padre en beneficio de la humanidad? ¿Por qué no administrar sabiamente el descubrimiento para mejorar el mundo y revolucionar el progreso? Si por medio de esa droga el hombre avanza cuarenta siglos, ¿por qué no aprovecharlo? ¿No se podría preparar a la gente? ¿Es justo o no es justo?

Hermes no comprendía. Tardaría años en comprender la razón demasiado evidente para ser creída.

Sin embargo, su padre, que podía vivir mil años o más, había elegido el sacrificio, la inmolación, en pro de lo que se consideraba de ley, en aras de una humanidad incomprensible.

¡Y él debía continuar la labor de su padre, partiendo de dos compuestos conocidos!

¿No se encontraría, al correr del tiempo, en la misma disyuntiva que el autor de sus días, frente a su conciencia y la conciencia universal del hombre?

¿No tendría alguna vez que redactar varios pliegos, meterlos en distintos sobres y transmitírselos a sus posibles hijos, para que continuase ocultándose la verdad? ¿Y no se vería obligado a tomar la cicuta?

— ¡Oh, Dios omnipotente! ¿A qué esta terrible y dolorosa prueba? ¿Es que no podías esperar, padre mío, para darme tus razones? ¿Temías que mi presencia pudiera debilitar tu voluntad? ¿Estás seguro que esta es la voluntad del Señor?

«¿Cómo saberlo, padre?

Hermes se dijo que no lo sabría nunca.

Por esto dejó de pensar en todo aquello, salió, tomó su coche y se dirigió hacia Edimburgo, donde esperaba hablar largamente con Celin Hayflick. Sólo en ella podía encontrar explicaciones adecuadas.

El trayecto le pareció larguísimo. Pero, al fin, dejó el coche en el hospital y obtuvo permiso para subir a ver a Celin. Nick, el médico amigo del profesor Marduck, estaba allí y le saludó.

— Celin Hayflick se encuentra muy restablecida. Pronto será dada de alta.

— Puedo subir a verla, ¿verdad?

— Sí, por supuesto. Sin reserva alguna.

— Gracias. Espero verle luego.

Celin estaba sola en su cuarto. Ya no había vigilancia dentro ni afuera. Tampoco estaba la enfermera.

Al abrir la puerta y verla, ella lanzó un grito de alegría.

— ¡Hermes!

Él entró, cerró y se acercó al lecho, tomándole las manos.

— ¿Cómo estás, cariño?

— Bien.

— ¿Qué te ocurrió anoche?

— El inspector Skillen es un excelente comediante, ¿eh?

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Hermes, sorprendido.

— Parecía un facineroso.

— Sí, esa impresión me dio. ¿Por qué lo hizo?

— Por bromear, quizá. Supongo que debe ser una forma de celebrar el final de un caso.

— Para mí no es el final. No ha hecho más que empezar. ¿Qué es lo que sabes?

— ¿Respecto a qué?

— A la muerte de mi padre.

— Lo mismo que todos los demás.

— ¡Pero todo el mundo está engañado en esto!

—¿Sí?

— ¡No me atormentes, Celin! Tú trabajaste algunas veces con mi padre. Tú viste el elixir maravilloso. Mi padre te confió una de sus partes...

— Sí, de acuerdo. Un sobre y una cajita, cuyo contenido ignoro. Creí que ya lo sabías todo. Dándoos la llave de la caja de seguridad, me aseguró Skillen, todo estaba terminado. Yo le contesté que sólo te la

daría a ti. Se lo prometí a tu padre.

— Hiciste bien. Sus agentes me atizaron un golpe, me esposaron, para que no me revolviera y empeorase las cosas, y me llevaron a Burbidge House, a esperar el regreso del bueno y hacendoso Skillen.

»Esos policías son un tanto morbosos. Me habían llenado la casa de agentes.

— ¿Por qué?

— ¡Ah, espero que tú me lo digas!

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Déjalo, Hermes. ¿Sabes que eres muy guapo y que me gustas más en persona que en fotografía?

— ¡No cambies de conversación! ¿Qué hiciste con mi padre?

— Nada, excepto examinarme de química.

—¿Eh?

— Sí. A tu padre le preocupaba su descendencia. Me analizaron hasta la sangre. Y me dieron muy vagas explicaciones.

— Pero ¿ te mostró mi padre el elixir?

En vez de responder, Celin asintió con la cabeza.

— ¿Y qué pensaste?

— Que tu padre hizo muy bien en destruirlo.

— ¿O sea que estabas enterada?

— Hasta cierto punto. Mi parte del papel era causarte buena impresión. ¿Qué tal mi espalda?

— Muy bonita, Celin.

— ¿Me quieres o sólo era un deseo pasajero?

— ¡Te adoro!

— Sonríe y olvida a Skillen.

Hermes sonrió y abrazó a la joven, buscando luego el sabor de sus labios. Después de todo…

Capítulo X

SEIS SIGLOS DESPUÉS

Cientos de miles de seres humanos poblaban el sistema planetario. Naves cósmicas hiperlumínicas surcaban las rutas del espacio infinito, saltando de galaxia en galaxia. La humanidad se había desarrollado de modo increíble durante seiscientos años.

El «Viejo», como cariñosamente le llamaban en todas partes, o «El Inmortal», gobernaba con sabiduría suprema en una Arcadia feliz, ultramoderna, inmensa, multiplicada por miles.

Nadie podía desobedecer las órdenes del más sabio, del más poderoso, porque su palabra entre los hombres era como la ley que todos llevaban escrita en la mente, desde el nacimiento.

«Creced y multiplicaos».

Cien mil millones de seres humanos se habían extendido por el Universo, poblando mundos. La vida era placentera, alegre, sin peligros ni privaciones.

Y la humanidad se lo debía todo al hombre que llevaba viviendo más de seiscientos años.

¡Al hombre y a la mujer, porque eran dos!

Hermes Burbidge y su esposa encontraron la piedra filosofal, diez años después de casarse, allá en el año 2001. Feliz coincidencia. Para entonces, muchas cosas habían cambiado en Inverkeithing. Y, para entonces, Hermes ya tenía una conciencia plena de su deber, serenamente estudiada.

Él no hizo como su padre, que avisó al gobierno occidental, de los dos en que estaba repartido el mundo. Él fue a Berlín y dijo:

»—Quiero el poder absoluto y total de este planeta, para modificar sus estructuras sociales, políticas, económicas, técnicas y científicas.

Nadie se opuso en el Parlamento Occidental. Nadie podía replicar ante aquella voluntad poderosa, sobrenatural, aplastante. Hermes se alzó ante ellos hasta adquirir una estatura increíble, de más de doce metros de altura.

Esto fue lo primero que hizo. Desarrolló su organismo ante hombres que podían creer en todo menos en lo que veían sus ojos. Y no era ilusión, ni magnetismo, ni hipnosis.

Los hombres que gobernaban en Oriente sufrieron peor suerte. Se vieron, de súbito, ataviados con ropas de trabajo, delante de máquinas que jamás habían manejado. Otros pasaron a ser maestros de escuela, ingenieros y técnicos.

Un gobierno poderoso, de miles de hombres, se volatizó en unos instantes, sin que nadie supiera cómo, igual que si no hubiese existido

jamás.

Esto lo hizo Hermes Burbidge, «El Viejo», «El Inmortal».

Y su esposa, Celin, reunió a su alrededor a los hombres más sabios del mundo, expulsando a muchos que decían ser genios y no eran más que fantoches, y acogiendo a hombres anónimos y oscuros, en los que nadie se había fijado hasta entonces.

De Celin Burbidge partió la mejor enseñanza que recibiera la humanidad.

Ella convocó un congreso de sabios auténticos y les explicó cosas que ignoraban.

— Nuestro cerebro — dijo Celin — es un circuito impreso por todos nuestros antepasados, donde se han mezclado verdades y mentiras, supersticiones y leyendas. Pero nosotros vamos a desterrar, de una vez para siempre, todo lo inútil y falso que conservamos en el subconsciente y nos vamos a dedicar a enseñar, por medios electrónicos, todo lo que el hombre es capaz de asimilar.

»Y la humanidad podrá tener todo el conocimiento que mi esposo y yo hemos adquirido con el esfuerzo de nuestras investigaciones.

«Éste es el único auténtico de una nueva era. Vamos a crecer y multiplicamos, porque así lo dispuso el Sumo Creador, y no sus falsos profetas. Vamos a colonizar los mundos que esperan desde hace siglos nuestra llegada. Queda desterrado el dolor, la miseria, el odio, la envidia y todos los defectos que han asolado a la humanidad durante siglos, porque eran los fuertes los que mandaban sobre los débiles.

«Ahora ni siquiera nosotros somos superiores. Preguntadnos y os contestaremos. Así, todo lo que nos ha sido revelado en estado de superconciencia, lo sabréis vosotros también.

Fue aquélla la más grande revolución de todos los tiempos.

El trabajo dejó de ser un castigo y pasó a ocupar rango de máxima aspiración humana, como el instinto de superación. El hombre se encontró a sí mismo ante la sabiduría que emanaba de aquella extraordinaria pareja.

Un hombre, ya maduro, retirado de la policía, visitó a Hermes, en su casa de Inverkeithing, aquellos días. La humanidad estaba aún reaccionando de lo hecho por el matrimonio Burbidge.

Y aquel hombre se hizo anunciar como el Comisionado Skillen.

Hermes lo desintegró, en la misma puerta, y lo integró en su despacho, todo dentro de una fracción de milésimas de segundo. Luego, se levantó y le tendió la mano.

— Hola, Skillen. ¿Cómo está?

— Bien, Hermes… Cuando me he enterado, no podía creerlo… No has cumplido la voluntad de tu padre.

— Se equivoca, Skillen. Esto que hago es la voluntad de mi padre. Entonces ocurrió, que él no quiso hacerlo porque se consideró sin

fuerzas para llevar a cabo la empresa. Yo sí puedo.

— Me siento casi un insecto frente a ti, Hermes. ¿ Es cierto que vas a gobernar el mundo?

— Sí. Hasta que la humanidad olvide su historia. Y lo cumpliré con justicia y sin engaños.

— ¿Es un reproche?

— Acéptelo así, Skillen. Ahora sé toda la verdad. Habría sido muy fácil ir a buscarme a París y traerme a casa. Pero la mente gloriosa de un eficaz y sincero policía necesitaba complicar las cosas para obtener mérito. ¿Por qué no se apoderó de la piedra filosofal y se hizo el amo del mundo?

— Es imposible de explicar. Ni yo mismo lo sé.

— Yo, sí, Skillen. Usted nunca creyó en que esto fuese posible. Le pareció un juego, pese a que presenció la demostración de mi padre.

— Sí, pero... ni siquiera así podía creerlo. Creo que imaginé hallarme en un teatro, donde un mago utilizaba toda clase de trucos para impresionarme. Yo, sin embargo, tenía que cumplir órdenes.

— Bien. Olvidemos el pasado. Sé lo que viene a pedirme y no puedo dárselo. Lo siento.

— Lo suponía. La humanidad sigue siendo mortal.

— Ampliaremos paulatinamente la longevidad, pero no puedo hacerlo bruscamente. Se hará en generaciones sucesivas. De todas formas, el promedio que hemos establecido Celin y yo es de cien años. De suerte que todavía le faltan a usted cuarenta años de vida. Y los hospitales se convertirán en hoteles, centros de enseñanza y recreo, porque la muerte será casi súbita.

— ¿Incluso eso puedes hacer?

— Sí, Skillen. Eso podemos hacer. El hombre ya empieza a tener conciencia nueva. Váyase tranquilo. Ni siquiera necesitamos ayudantes... ¡Lo estamos viendo todo! ¡Lo sabemos todo!

— ¡Parece increíble!

* * *

Las mutaciones empezaron a producirse, en efecto, a partir del año 2001. La fecundidad de la mujer fue prodigiosa. También la naturaleza pareció contribuir al cambio. El mar se volvió poco a poco más pródigo. El campo se hizo más fértil. La producción de alimentos sanos y vitamínicos se multiplicó.

Hermes hizo construir un enorme laboratorio en una antigua fábrica de armas, en Checoslovaquia, de donde salió la famosa vacuna «vitalic» que se administró a todo el mundo en menos de dos años.

Allí murieron todas las enfermedades del organismo, y allí acabó la medicina. Pero los médicos ya estaban dedicados a la investigación, siguiendo las directrices marcadas por la nueva legislación de

enseñanza. La ciencia se hizo pura. La técnica se perfeccionó. Y las individualidades se respetaron.

La mayor habilidad la empleó Hermes al afrontar los problemas económicos. La humanidad necesitaba prohombres, porque el esfuerzo intelectual o físico debía ser recompensado. Pero realizó unas escalas sociales, a las que podían aspirar todos los seres humanos, sin distinción alguna, que consistía en permitir que cada uno llegase hasta donde quisiera llegar.

Los estudios, por tanto, podían iniciarse a los cinco años y durar hasta los ciento. Cada uno era libre de hacer lo que quisiera. El erario público pagaba lo suficiente para poder vivir, mientras el individuo cursaba sus estudios. Quedó suprimido el delito, aunque hubo fuerza pública durante los tres primeros siglos. El delincuente era tratado como un psicópata inadaptado. Se le inyectaba una droga y se modificaba su mente. Aquel hombre ya no volvería jamás a delinquir, porque había adquirido una nueva conciencia.

Cualquier ser podía abandonar los estudios al nivel que quisiera, y aceptar un empleo, mejor pagado que la enseñanza, a condición de cumplir durante varias horas un cometido para el que estuviese capacitado, según su formación escolar y pedagógica.

Por esta razón, los honorarios más elevados los percibían los técnicos que permanecían más tiempo en las aulas. Luego, venía la compensación. Todo era cuestión de capacidades.

Fue mejorada la raza. El cerebro empezó a desarrollarse, de acuerdo con sabios preceptos que dictó Celin Burbidge. La alimentación se hizo racional.

Y luego, empezó la Gran Era colonial, con viajes a nuevos mundos, donde era preciso crearlo todo, desde la atmósfera hasta un clima adecuado, extraer el agua, luchar contra la naturaleza ciega, y poblar suelos yermos y estériles. También Hermes Burbidge explicó cómo se debía hacer.

Y se hizo. Y se pobló, y se crearon grandes naves siderales, que llevaban alimentos y hombre a mundos ignotos.

No todo fue fácil, sin embargo. Se produjeron disensiones, pero Hermes lo tenía todo previsto, gracias a su extraordinaria clarividencia. Y cuando surgieron los brotes de protesta, actuó con decisión y celeridad, no al estilo represivo empleado por los antiguos dirigentes, sino de una forma nueva desarmando a sus detractores.

En realidad, hubo grupos que protestaron del extraordinario privilegio de los Burbidge, gracias al cual podían vivir prácticamente todo el tiempo que quisieran.

Y cierta prensa acusó ásperamente.

«Hemos pasado a una era desgraciada. Ya no nos regimos por leyes que hemos hecho nosotros, Los mandatos nos vienen de dos seres que no

parecen humanos. Esto es como caer bajo la dominación de individuos de otra raza».

Hermes pudo, utilizando la voluntad de su mente, acallar aquellas voces. No lo hizo. Las dejó propagarse intencionadamente. Y cuando grandes grupos se dirigieron hacia la residencia de los Burbidge, los detuvo, imposibilitándoles el avance.

Luego, salió y se mezcló entre ellos. El desconcierto fue enorme.

Un hombre de aspecto joven, que se movía entre una muchedumbre de personas inmovilizadas.

— ¿Qué estás haciendo aquí Cornel? — dijo Hermes a uno—. Has leído lo que dicen los periódicos y crees que tienen razón. Te parece injusto que yo posea poderes extraordinarios, y tú, que has pasado la mitad de tu vida bebiendo en las tabernas, te creas con derecho a gobernar mejor que nadie. Quieres que te lo den todo sin esfuerzo, ¿eh?

»Y usted, señora Murphy, ¿por qué grita tanto? ¿ Qué derecho tiene a vituperar a nadie? ¿ Quiere que diga a todos estos hombres quién es usted? Odia el trabajo", pero obligó a sus hijos a trabajar antes de tener la edad reglamentaria. Su esposo no pudo soportarla y se marchó de casa; entonces usted le denunció por abandono de familia. Él volvió y trabajó de sol a sol, hasta que murió de agotamiento. Y entonces quedó usted satisfecha.

»También conozco la vida del abogado Coleman. ¿Quiere que cuente a todos cómo engañó usted a su propio hermano, Coleman?

»¡Y miren a quién tenemos aquí! El muy honrado y honesto predicador Cushing. ¿Tampoco está usted conforme con la nueva estructura social? ¡Vaya, vaya! Será mejor que vuelva a su casa, reverendo. Yo puedo decir que usted recaudó veinte mil libras para el templo y sólo invirtió tres mil. Las restantes las dilapidó en vicios censurables. ¿ Quiere que cite nombres y lugares?

»¿Y usted, procurador Hartrow, ¿de qué ha vivido? Tesorero de la Asociación de Padres de Familia. Un honroso cargo. Está usted casado y amancebado con Kitty Lome, paga el apartamiento de ella con las malversaciones que comete en la caja de la Asociación.

»Y todos ustedes, que están sucios y podridos, vienen a censurar mi labor. ¿Qué derecho tienen? ¿Es que no se dan cuenta que conozco sus vidas, su pasado y su maldad, mirándoles la mente?

»Aquí no hay más que un reducido grupo de engañados. Todos los demás son engañadores, falsos, embaucadores que saben muy bien que sus trucos se han terminado. ¡Y en nuestra sociedad no hay sitio para ellos!

«Marchaos. La conciencia universal ha cambiado.

Aquellos hombres y mujeres, cuando pudieron moverse, se fueron. Algunos fueron censurados y vituperados; otros no. Pero las voces que clamaban contra los Burbidge se callaron.

Algún tiempo después, Hermes accedió a recibir una comisión de antiguos altos jefes de empresa. Todos querían colaborar con Hermes, y su portavoz, un financiero americano, inició su discurso, delante de Hermes, diciendo:

— Hemos venido a ponemos a su entera disposición...

— No siga, señor Hillary — le atajó Hermes—. Sé a lo que han venido. Mi respuesta es no.

El desconcierto reinó entre los grandes jefes, quienes se miraron unos a otros, como si no comprendieran.

— No tienen que molestarse en tratar de engañarme. Sé lo que quieren y sé cómo desean encubrir sus pretensiones. Ustedes tendrán que renunciar a sus cargos y lo harán con sumisión y bondad, sin discordias.

»Puede que alguno, como Mr. Yeats, siga al frente de su empresa, porque es merecedor del cargo que ocupa. Los demás tendrán que ser sometidos a examen previo. Y no teman. Salvo el pago de impuestos que exigirá la ley, podrán conservar sus fortunas.

»Esta es época de transición. Dentro de dos siglos, esto no ocurrirá. Aténganse a las leyes. Los relevos les irán llegando a su debido momento.

— ¡No sabe usted lo que hace! —gritó uno de los comisionados—. Representamos una gran fuerza, señor Burbidge.

Hermes le miró. El hombre cambió de color. Se puso verde. Los otros se apartaron de él.

— Sé lo que digo. Quien no lo sabe es usted, Morrison. Y le aseguro que sujetos como usted han dañado infinitamente a la humanidad. Nadie podía acusarle. Ahora sí. Yo lo hago... ¡Usted es nefasto, vil y despreciable!

Morrison, bajó la mirada fría de Hermes, cayó de rodillas. Sus manos, su cara, toda su piel visible, se habían vuelto enteramente verdes.

— ¡Ése será su color, Morrison! ¡Cuando su alma esté limpia, usted será como los demás! ¡Ahora, váyanse!

Muchas dificultades surgieron. Pero Hermes, que lo había previsto todo, que conocía el corazón y la mente de los hombres, lo solucionó. Celin también le ayudó.

Y, poco a poco, la humanidad fue cambiando, creciendo, extendiéndose. Reinó la justicia y la alegría. Se empezó a vivir con sosiego, con serenidad.

Y los años fueron pasando...

* * *

Seiscientos años después, la Tierra y todos los planetas habitados no se parecían en nada al mundo del siglo XX.

¿ Cómo consiguieron los Burbidge aquel increíble prodigio?

Hermes, siguiendo las instrucciones de su padre, se casó con Celin. Trabajó sin descanso durante años, hasta encontrar la piedra filosofal. Entonces la experimentó en sí mismo. Y supo que tenía fuerzas suficientes para emprender la gran empresa.

Hizo que su esposa bebiera el elixir. Se miraron. Se comprendieron sin hablar. Ella dijo:

— Sí, Hermes. Los niños ya son mayorcitos y podrán ayudarnos, aunque no los necesitemos.

A partir de aquel momento, el universo entero fue distinto.

Ahora, pasados seis siglos, Hermes y Celin, acompañados de sus descendientes — porque sus propios hijos habían muerto ya de viejos—, quisieron recorrer los planetas que la humanidad había colonizado. Era un viaje de miles de años-luz. Pero ellos podían recorrerlos en pocos meses.

Y vieron ciudades enormes, limpias, rodeadas las casas de árboles, sin ruidos, de construcción moderna, higiénica y agradable.

Pasearon entre gentes que se movían y les saludaban como si fueran sus iguales. Lo eran. Todos aquellos seres sabían que el matrimonio Burbidge había luchado por ellos, por obligación. No tenían nada que agradecerles, porque cumplir con el deber no merece agradecimiento. Era justo, lógico. Ellos fueron los primeros. La humanidad lo recordaría con afecto. Nada más.

Estuvieron en Tleman, la superpoblación de Ugusk, donde vivían dos mil millones de seres en el orden más perfecto, y donde no existía autoridad alguna. Todos se regían por unos principios básicos y elementales, de respeto, simpatía y cordialidad.

¡Parecía un sueño, pero era una realidad!

Allí la gente trabajaba, estudiaba, se divertía, hacía deporte, progresaba. Tleman era el imperio del hombre perfecto. Las comunicaciones carecían de fallos. Los accidentes no existían, ni la enfermedad, ni el odio, ni la envidia. Y cada uno podía hacer lo que quisiera, sin molestar ni perjudicar al vecino.

Al término de aquel viaje, de regreso a su hogar, en la bahía de Edimburgo, en una casa de cristal, Hermes abrazó a su esposa y manifestó:

— Hemos hecho un buen trabajo, esposa mía.

— Sí, Hermes. Creo que debemos agradecérselo a tu padre.

— Cierto. Él lo inició. Nosotros lo hemos concluido. Ahora, la humanidad marcha por el verdadero camino de la justicia. Somos una gran colmena humana. Creo que ha llegado el momento de retiramos y facilitar la fórmula de la piedra filosofal.

— ¿Para qué? ¿Es que no lo tienen todo?

— Sí, todo. Pero nuestro secreto pueden necesitarlo alguna vez.

¿No sería todo un sueño extraño? ¿Por qué había de ser cierto?

F I N

Notes

[←1]

Personaje principal de la obra «Crimen y Castigo», de Fedor Dostowyesky. *(N. del A.)*